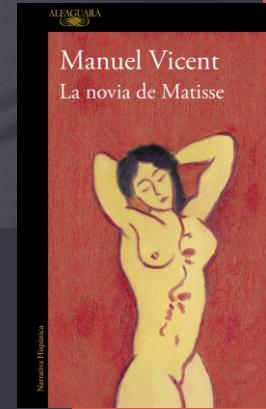




Visita al territorio de Manuel Vicent



1

El marchante internacional Míchel Vedrano recordaba muy bien la proposición que le hizo su cliente Luis Bastos aquella noche: «Quiero que te acuestes con Julia. Le quedan solo tres meses de vida. ¿Puedes hacerme ese favor?». Luis Bastos le expresó este deseo durante una fiesta en su casa de las afueras de Madrid, mientras le mostraba una de las habitaciones para invitados, que tenía un espejo en el techo sobre una cama adquirida en una subasta de muebles antiguos por la que pagó un sobreprecio, porque al parecer en ella se había acostado Isabel II con un amante alabardero y puede que allí hubiera engendrado a una de las infantas, aunque esto no se especificaba con claridad en el catálogo. No es que su mujer estuviera agonizando en ese lecho real. Julia era una chica llena de vitalidad que en ese momento movía por el salón su cuerpo aparentemente espléndido, en el que los médicos habían detectado una leucemia aguda según le acababa de confesar el marido. Al oír semejante proposición, Míchel se quedó impasible sonriendo con un whisky en la mano.

—¿Te vendo un cuadro y encima quieres que me acueste con tu mujer?
—se extrañó.

—Eso es lo que quiero —le dijo su cliente Luis Bastos.
—No sé..., no sé si debo hacer tanto por el arte.

Luis no bromeaba. Puede que fuera un cínico, pero acababa de comprarle al marchante un Picasso por doscientos cincuenta millones y lo había colgado en el vestidor del dormitorio principal. Quien se permita el lujo de contemplar un Picasso mientras se pone los calcetines cada mañana está autorizado a este tipo de alardes modernos, y uno quedaría en ridículo si no se mostrara a la altura de semejante abyección. Al marchante no le

molesto que su cliente tratara de usarlo como un penetrador de oficio. Siguió con la misma sonrisa cínica y ni siquiera hizo tintinear el hielo del whisky en el vaso, pero le dijo que lo pensaría.

Luis Bastos había organizado aquella fiesta en honor del retrato de una mujer desconocida de Picasso, expuesto en ese lugar de la casa adonde ahora acudían en peregrinación desde el salón con una copa en la mano los invitados, entre los que había financieros, un par de artistas famosos, un crítico, varios políticos y algunos amigos de cacerías con sus esposas o amantes. Todos se veían obligados a hacer algún comentario más o menos banal ante aquella obra de arte. Una chica bronceada por los rayos uva, en apariencia muy frívola, fue la única que advirtió que la mujer del retrato tenía una leve herida en la mejilla. Como la luz del vestidor no era buena, se entabló allí mismo una pequeña discusión entre el crítico de arte y uno de los financieros sobre este punto, ya que el empaste de la pincelada hacía difícil distinguir si esta lesión estaba ya en el rostro de la modelo o se debía a un desperfecto que había sufrido el lienzo. Solo el marchante sabía la clave de aquel enigma, pero optó por guardar silencio y se dedicó a observar a Julia, que en ese momento ayudaba a las dos criadas marroquíes a pasear las bandejas de canapés y licores en medio de todas las risas felices, entre las cuales sobresalían las carcajadas que daba el dueño de la casa, pese a que su mujer tenía los días contados.

Michel Vedrano solo estaba obsesionado por vender cuadros, una pasión que en él excluía todas las demás. Nunca había tenido un interés especial por el sexo, aparte de que un divorcio tormentoso le había dejado muy desactivado. No había participado en los cambios de parejas ni en las comunas en que la marihuana allanaba todos los caminos hacia los cuerpos hacinados en las esteras de esparto en Ibiza o en las fascinantes carboneras de Nueva York, pero ahora le parecía excitante que un marido de la nueva aristocracia empresarial le pidiera por favor que se acostara con su mujer como el último regalo que pensaba ofrecerle en este mundo. Eso podía llenar de orgullo a cualquier hombre con cincuenta y siete años cumplidos.

En aquella fiesta de La Moraleja se hablaba más que nada de pintura. Mejor dicho, se hablaba de la enorme cantidad de dinero que se estaba moviendo en el mundo del arte, un fenómeno presente todos los días en las

páginas de cultura de los periódicos. Sentado ahora en un sillón indochino en aquella galería acristalada donde Julia cultivaba un jardín interior, el marchante internacional contaba que ciertos cuadros de pintores famosos llevan dentro un maleficio. Algunos financieros y políticos arrellanados en los tresillos entre carnosas plantas tropicales se mostraban muy interesados en este asunto.

—¿Quieres decir que algunos cuadros traen mala suerte? —preguntó alguien.

—Está demostrado. A mí me ha pasado —contestó el marchante Vedrano.

—¿Incluso pueden acarrear la muerte al comprador?

—Creo que algunos cuadros traen un maleficio más refinado —terció el crítico de arte—. Obligan al propietario a llevar una vida agónica hasta el límite de la estética. No hay nada más cruel.

—¿Qué es eso de la estética? ¿Qué tiene que ver la peluquería con un cuadro? —preguntó Julia bajando la bandeja de caviar al nivel del marchante.

—¡Julia, preciosa, cierra el pico! —exclamó su marido.

En ese momento, Míchel trató de descubrir en el fondo de los ojos de Julia algún reclamo secreto que le hiciera cómplice de una posible aventura, pero ella le miró de forma muy limpia, sin la más leve sombra de intención o malicia.

—¿Qué es la estética, Míchel? ¿Me lo puedes explicar? —le preguntó ella.

—Que cierres el pico. Tú no sabes nada de estas cosas. Te van a pillar.

—Por Dios, Luis, no me trates como a una bruta. Estás borracho.

—Mi mujer cree que la estética consiste en ponerse una mascarilla y hacerse la manicura. Tenéis que perdonarla. La pobre todavía no está corrompida. Lo suyo son los chipirones en su tinta. Los prepara de una forma increíble. ¿Por qué creéis que me he casado con ella, aparte de que está muy buena? —dijo el marido con un cinismo muy celebrado por los invitados.

Era evidente que en cualquier caso Míchel Vedrano tendría que acostarse con una analfabeta en materia de arte. Abundaba gente como esta

pareja entre los nuevos coleccionistas. A las galerías y subastas acababan de acceder los nuevos ricos, especuladores de Bolsa, contrabandistas de armas, constructores y narcotraficantes que llevaban el dinero en cajas de zapatos y pagaban un cuadro con billetes sudados sin preguntar el precio ni el nombre del artista. La fortuna de Luis Bastos se debía a varios negocios, entre ellos a una fábrica de envases para laboratorios heredada de su padre, a una inmobiliaria y a una empresa que exportaba tripas de marrajo a Japón y vísceras de res a Suecia, además de una finca de caza que alquilaba a magnates financieros para que llenaran de plomo la barriga de los venados casi alimentados con piensos compuestos por los servidores del coto. En cambio, Julia no tenía más riqueza que su extraordinaria belleza, como solía suceder siempre en los viejos melodramas, y aunque el perfil de su rostro era sumamente delicado, sus manos demasiado redondas y sus rodillas poco moduladas hacían patente una condición popular. De su padre, que había sido brigada, maestro armero o algo parecido en el Ejército, había heredado el carácter franco y espontáneo, pero de su madre, una simple ama de casa, había recibido la enseñanza básica para retener al hombre bien trincado por el sexo y en su defecto por el estómago, o mejor por esos dos mangos a la vez.

Durante esa fiesta, mientras el crítico de arte exaltaba la sutileza de la tonalidad malva del cuadro de Picasso con una pasión que subyugaba a algunos invitados, Julia le contaba a la mujer de un famoso financiero la forma de preparar los chipirones cuya gracia había ponderado en ella su marido.

—En una sartén mediana se ponen a calentar cinco cucharadas soperas de aceite y cuando está caliente se añade la cebolla picada y se refrié hasta que esté doradita.

—Picasso en sus retratos nunca tuvo piedad con las mujeres. Se complacía en torturarles el rostro. En cambio en ese cuadro... —explicaba el crítico con palabras acaloradas que de un extremo a otro del corro se cruzaban con la receta de Julia.

—Después se agrega el tomate pelado, cortado, y una vez frito se pone harina y agua.

—Para Picasso el rostro tiene un sentido figurado. La primera obligación de una modelo consiste en parecerse al retrato...

—Antes de que empiece a hervir la salsa se añaden los chipirones enteros o cortados en trocitos...

—Picasso quiere conquistar el rostro humano sin someterse a sus exigencias. Sus retratos brotan con el mismo desorden de la naturaleza...

—Y todo esto se hace sin sal... —dijo Julia.

La fiesta fluía en aquella casa de La Moraleja, en las afueras de Madrid, con la alta frivolidad del dinero que incluía comentarios superficiales sobre la filosofía del arte, recetas de cocina y algunas intimidades cenagosas entre mujeres. Betina, la chica pasada por los rayos uva que había descubierto la herida en el rostro de la mujer del cuadro, le contaba a una amiga con la copa en la mano:

—Ese problema hace tiempo que lo tengo resuelto. Cuando me siento deprimida tomo el avión, me voy a Nueva York, llego a las cuatro de la tarde de allí y desde el mismo aeropuerto llamo a Nelson, un negro amigo mío de dos metros, le digo que se vaya poniendo a punto, me presento en su apartamento con las bragas en la mano, me folla durante veinticuatro horas seguidas y una vez que me siento bien machacada, en el avión del día siguiente me vuelvo a Madrid y aún me da tiempo de llegar al despacho del banco a las nueve de la mañana. Solo pierdo un día.

—Aquí también hay negros que te pueden hacer ese trabajo —le dijo su amiga.

—No es lo mismo. Además es que estoy enamorada de ese Mickey Mouse.

Betina acababa de regresar de su último viaje terapéutico a Nueva York y, si se hubiera levantado la falda de Versace, la amiga aún podría haber visto los vestigios de unas mordeduras casi sangrantes en la parte interior de sus muslos. Sin duda, por allí había pasado un felino muy experto en amores modernos, y para la chica estas marcas eran un motivo de orgullo, pero le contaba a su amiga que al llegar al aeropuerto de Barajas había pasado por una experiencia humillante.

—En la aduana me han abierto el bolso de viaje donde llevaba mis cosas de aseo y envuelto en la ropa sucia, traía un vibrador del mismo color y tamaño del pene de mi chico. Lo acababa de comprar en la Pink Pussy Cat del Village, una sex-shop que tiene hasta sierras mecánicas para masoquistas. El guardia civil fue palpando por dentro del bolso entre los sostenes y las bragas y de repente la pila del vibrador se disparó, el hijoputa metió la nariz y al encontrarse con el aparato me dijo, haciéndose el gracioso: «Señorita, es usted aún muy joven y bonita para usar estas cosas». Le solté: «y usted es un gilipollas».

—Muy bien dicho. ¿Y él qué contestó?

—Me soltó: «Si algún día tiene una necesidad me llama y yo la arreglo».

—Qué machista, el hijo de puta —exclamó la amiga.

—Le he puesto una denuncia en el juzgado de guardia. Lo mismo me he buscado un lío —dijo Betina.

En el tresillo de mimbre indochino aún seguía la discusión sobre la herida que ostentaba en la mejilla la mujer desconocida del cuadro de Picasso. Entre el crítico de arte, el marchante y los dos pintores se había establecido una cuestión filosófica.

—Las erosiones en la piel que esa modelo sufrió en su vida real, sin duda, le dieron todo su carácter que después el artista plasmó en el lienzo, ¿no es cierto? El paso del tiempo le fue modulando la expresión del rostro, y las pasiones que pudo haber vivido esa mujer desconocida estarían grabadas en cada pliegue de sus ojos o de su boca —dijo el crítico de arte.

—Muy bien. Y qué —replicó el marchante.

—Es el caso de Dorian Gray. ¿Esa marca que la modelo tiene en la mejilla pertenece a la vida que vivió ella o a la vida que ha llevado el lienzo? —se preguntó el crítico.

—Se trata de saber precisamente eso —respondió uno de los artistas.

—Quiero decir que los cuadros también tienen historia. Algunos envejecen muy mal, como sucede con las personas —siguió el crítico—. El tiempo se posa en la pintura. La historia que viva una obra de arte, las manos por las que haya pasado, la codicia que haya despertado, la emoción estética o los deseos de belleza que haya generado en sus sucesivos

propietarios son tan importantes para su carácter como las pasiones o desgracias que nos conforman. Hay cuadros que traen maleficios, ¿no es así?

—Así es. Lo acabo de explicar —asintió el marchante.

—¿Dónde se esconde esa carga negativa, en la modelo, en la obra, en el artista o en el comprador?

—No lo puede saber nadie. De lo contrario el arte perdería toda su magia.

El marchante Míchel Vedrano nunca podría olvidar la aventura que había corrido ese cuadro de Picasso desde aquel día en que lo vio expuesto en el escaparate de una galería de la avenida Madison de Nueva York. Era una mañana de primavera y él se sentía tan feliz que no pudo resistir la tentación de comprarlo llevado por una pulsión erótica que ya había experimentado otras veces. La atracción que una obra de arte produce en ciertos coleccionistas y especuladores es a veces tan fuerte e irracional que nada pueden hacer para controlada. En ocasiones, el afán de poseer un cuadro hace que el comprador comience a expeler ciertas secreciones, y un vendedor con buen olfato las detecta igual que los animales saben por el olor cuándo su pareja está en celo. Por ejemplo, Míchel Vedrano, ante una pieza de arte en la que viera una posible ganancia, no podía evitar el sudor. Era una reacción puramente química. Esta vez, delante de aquel cuadro de Picasso, el marchante comenzó a sudar abundantemente por todos los poros de la frente y, aunque permanecía estático frente al caballete, parecía que por dentro de sí mismo estaba escalando una cima muy abrupta, e incluso en esta ocasión la nariz también le goteaba. La encargada de la galería conocía muy bien la secreción característica de este comprador y por eso supo que ya lo tenía en sus manos, aunque en principio dejó que se relajara y ya sentados en el despacho le ofreció una pequeña bandeja con bombones.

—Esta cabeza de Picasso perteneció a la colección de Rothschild —le dijo.

—¿De veras? ¿Y por qué se desharía de esta pieza siendo tan rico? —murmuró Míchel Vedrano.

—Usted es un profesional. Sabe muy bien que los coleccionistas se enamoran y se desenamoran. En el mercado del arte se establecen relaciones extrañas de pareja. ¿Qué le voy a contar?

—¿Se sabe algo de esta mujer?

—En la catalogación de Zervos se especifica que es el retrato de una desconocida, pero parece ser que fue alguna de las amantes esporádicas que pasó por el estudio del pintor. Se suicidó en el hotel Negresco de Niza. Por lo visto se cortó las venas en una bañera llena de champán rosa. Son historias que se cuentan. Aunque no sean ciertas dan mucho volumen a un cuadro.

El acto de poseer una obra de arte participa de esa misma pulsión erótica que te arroja en brazos de una mujer fatal o de un chulo muy morboso. Es un fervor incontrolado e irremediable, pero una vez satisfecho este primer impulso irracional el coleccionista se suele enfriar con rapidez. Es lo más parecido a un orgasmo masculino. Por eso un fino vendedor de arte nunca permite que un coleccionista convulso se lleve el cuadro a casa para ver cómo queda colgado en la pared del salón. Si este comprador no lo ha pagado, probablemente la galería recibirá poco después una orden para que pasen a recoger la obra cuya corta posesión no ha hecho otro servicio que calmar una libido momentánea. Míchel Vedrano sabía muy bien estas cosas porque él era a la vez comprador y vendedor y sentía ambas pasiones desdobladas bajo una misma descarga.

—¿No tiene nada más que decirme de esta señorita? —preguntó.

—Quiere saber cómo se llama, ¿no es cierto?

—Eso es.

—Se llama un millón de dólares. Ese es su verdadero nombre —dijo la galerista.

—Estoy sudando.

—Ya veo.

—Deme un vaso de agua, por favor —pidió el marchante.

—Un simple vaso de agua fría no cambiará la realidad de las cosas, mister Vedrano. Un millón de dólares es el precio que pide esta linda suicida por ser poseída. Lo está pidiendo ella, no la galería, que quede claro,

¿comprende? Nosotros no podemos hacer nada. Hágale usted el favor a esta dama —dijo la galerista con frialdad.

Después de secarse repetidas veces el sudor, Míchel Vedrano compró el retrato de esa mujer desconocida por un precio todavía asequible y regresó feliz con el Picasso al hotel Plaza. Esa esquina del Central Park, sin duda la más lujosa de Nueva York, huele intensamente a boñiga de los caballos que esperan a los turistas en la posta de las calesas, y ese olor tan sofisticado el marchante lo llevaba asociado a algunos negocios de arte que había realizado durante años. Muchos cuadros de pintores importantes habían sido perfumados previamente por ese aroma de estiércol de caballo antes de alcanzar su último destino. Siempre le había dado buena suerte.

Esta vez también dejó el Picasso abandonado sobre una butaca de la habitación y salió del hotel hacia la tienda de alfombras persas. El dependiente que le atendió ya sabía que este cliente era un poco raro: más que en la calidad de la alfombra solía fijarse en la consistencia del tubo de cartón que la envolvía. En otra ocasión había tenido el mismo problema.

Míchel Vedrano exigió dos tubos con una pequeña diferencia de calibre, de modo que encajaran uno dentro del otro con una presión muy medida para crear entre ellos un doble fondo invisible. Con eso el marchante preparó el engaño para la aduana. Desclavó la tela del Picasso de su bastidor, la enrolló entre los dos tubos, los ladró por los extremos e importó la alfombra persa metida en lo que parecía a simple vista un solo cartonaje.

Míchel Vedrano se permitió el lujo de dejar en la aduana de Barajas durante una semana el paquete confiando en que esta vez tampoco descubrirían el contrabando, como así sucedió. No trataba de desafiar a sí mismo ni de correr ningún riesgo, pero sabía por experiencia que los aduaneros valoraban este aparente abandono como una prueba de confianza, de modo que esta relativa calma que se tomaba neutralizaba su curiosidad. Pasados unos días, el marchante mandó a un empleado a Barajas para recoger la alfombra persa importada legalmente. Cuando el rollo llegó al estudio Míchel Vedrano sacó la alfombra, la extendió en la moqueta, dejó el tubo apoyado en la pared cerca de la papelera y esa misma tarde salió de viaje para pasar el fin de semana en la Costa Brava con su nuevo cliente el

empresario Luis Bastos, uno de esos tipos capaces de hacer mil kilómetros solo por degustar un plato recién creado por un cocinero de fama.

En este caso, su objetivo había consistido en probar unos salmonetes del Ampurdán que preparaban en el restaurante El Bulli con una salsa de verduras cuya combinación de colores estaba inspirada en una cerámica de Gaudí. Frente al mar en la cala Montjoi del cabo de Rosas, en la mesa, entre Míchel, Luis Bastos y su mujer, había también una escalibada de berenjena con muslitos confitados de codorniz.

Mirando el azul de la bahía a través de la copa de agua mineral, Julia trataba de olvidarse de la resaca que le golpeaba las sienes con unos latidos y que ella confundía con los embates que el oleaje daba en las rocas, pero aun así estaba muy atractiva con las ojeras cargadas por el placer de la noche anterior. En la suite real del hotel Ritz de Barcelona, ella había complacido una vez más a su marido poniéndolo a cuatro patas, cabalgándolo desnudo para llevarlo a abrevar en el bidé lleno de champán, y perdidos de nuevo entre varias botellas vacías a los dos se les había hecho la oscuridad en el cerebro, y al entrar el sol por la ventana había iluminado lo que parecía ser un campo de batalla en el que todos habían sido derrotados, con lámparas derribadas, sillas patas arriba, Luis tirado a los pies del sofá y Julia cruzada boca abajo en la cama casi con la cabeza en la alfombra, pero la luz del día también había añadido un extraño elemento a ese caos: una joven desconocida y extremadamente bella había aparecido desnuda y dormida dentro de la bañera con una copa vacía en la mano, y ellos no sabían quién era aquella mujer ni por qué se había presentado de noche en la suite del hotel.

Durante el almuerzo en El Bulli, en medio de sonidos de mar, Luis Bastos le contó a Míchel Vedrano que no recordaban haberla llamado. Suponían que sería una simple prostituta porque habían tenido que pagarle cincuenta mil pesetas que ella les exigió, sin que la pareja supiera qué clase de servicios había desempeñado aquella desconocida en medio de la inmensa borrachera que agarraron y que les había dejado sin memoria. No le dieron importancia. Ya se sentían limpios otra vez, puesto que esa misma mañana, recién salidos de la bacanal nocturna, habían quedado con Míchel Vedrano en la puerta de la Fundación Miró para purificarse, y ante un

cuadro de constelaciones el marchante había tratado de explicar a la pareja por qué Miró había alcanzado la cumbre de la belleza al unir los signos con el ritmo del álgebra. Aquello que parecían estrellas no eran sino sexos femeninos.

—¿Y por qué es caro un cuadro de Miró si no son más que garabatos? —preguntó Julia.

—No hables, cariño, que tú no sabes de estas cosas —le cortó el marido con un cariñoso pellizco en el trasero.

—Los cuadros de Miró son tan caros porque solo los pueden comprar los muy ricos —dijo Míchel Vedrano.

—¿Has visto, Luis, qué fácil? Ahora lo he entendido —exclamó Julia.

Cuando ya estaban degustando los muslitos de codorniz frente a la cala, Míchel Vedrano propuso al empresario Luis Bastos que le comprara un Picasso, una cabeza cubista de mujer desconocida, de 50x40, que había pertenecido a la colección Rothschild, catalogado en el Zervos con todos los sacramentos. Durante el segundo plato se habló de las excelencias de este cuadro y del fabuloso vino que bebían, un Vega Sicilia del 76, y de los trescientos millones que costaba esa mujer del óleo.

—Es bastante más de lo que nos ha pedido esa otra que ha aparecido esta mañana en la bañera del hotel —bromeó el empresario Luis Bastos.

—¿Sabes una cosa? La mujer que se representa en el cuadro fue una amante de Picasso. Se suicidó cortándose las venas en una bañera llena de champán rosa en el hotel Negresco de Niza —comentó Míchel Vedrano.

—Eso es nivel —respondió el empresario.

—Yo también quiero ser como ella, Luis. ¿Me dejarás un día hacer lo mismo? —preguntó Julia.

—Claro que sí, preciosa.

El maître les propuso de postre un flan con sabor a humo, la última conquista en la investigación de nuevas percepciones gustativas que se había realizado en El Bulli. Al parecer, lo más refinado era unir el paladar con la memoria. En este caso, el cliente tendría la sensación de que acababa de entrar en una vieja estación llena de locomotoras de vapor y que percibía en el fondo del cerebro un sabor a humo y carbonilla de posguerra, con toda la nostalgia del pasado. Los jóvenes que no habían conocido aquella época

tendrían que imaginarlo a través de la pura sugestión cinematográfica. Sintetizar todo eso en una cucharada de flan era también una obra de arte. Cualquier olor detestable podía convertirse en un aroma exquisito si había un genio que lo manipulara. En ese momento, Míchel Vedrano recordó el olor a boñiga que se halla siempre establecido en la esquina del hotel Plaza con la Quinta Avenida de Nueva York. ¿Por qué ninguna multinacional de la cosmética había creado todavía con ese estiércol tan peculiar un perfume lleno de seducción que a muchos les recordaría la fascinación de esa esquina del Central Park y el esplendor de algunos grandes negocios y de algunas divas del cine?

Había sido un fin de semana muy agradable. La compraventa del Picasso había quedado más o menos apalabrada, si bien aún estaba pendiente fijar el último precio después de la primera rebaja, pero el lunes les esperaba una sorpresa muy desgradable a estos felices comensales. Ese día Julia tenía una cita para someterse a una revisión médica porque de un tiempo a esta parte sentía un inmenso cansancio y además las encías le habían comenzado a sangrar. En la primera visita, el médico le había mandado que se hiciera unos análisis, pero después de una somera lectura, el ceño un poco sombrío con que el doctor le ordenó una segunda prueba más exhaustiva la había puesto en guardia.

Por su parte, Míchel Vedrano llegó a su despacho de Madrid y se encontró con que el tubo con doble fondo que contenía el lienzo de Picasso había desaparecido. Preguntó a su secretaria, pero ella acababa de regresar también de fin de semana y no sabía nada. La única persona que sin ser un ladrón pudo haber entrado en la oficina era la mujer de la limpieza, y esta fue requerida con la máxima urgencia e interrogada de forma angustiosa acerca del tubo que había en el despacho. Sin darle demasiada importancia, la señora contestó que había recogido ese tubo junto con los demás cartones, cajas y restos de la papelera y los había echado a la basura.

—¿A la basura, ha dicho usted? —gritó Míchel dando un gran puñetazo en la mesa.

—Lo metí todo en la bolsa de plástico.

—¿Cuándo fue eso?

—Deje que recuerde —dijo la mujer.

—Haga memoria. Es muy importante —le suplicó el marchante, que estaba a punto de agarrarla por el cuello.

—El sábado por la mañana pasé la aspiradora, vacié los ceníceros, limpié la mesa y metí el tubo en la bolsa de la basura y la dejé en el contenedor de la acera. Se lo llevaría por la noche el camión.

—Antes suelen pasar también los cartoneros que solo recogen papeles y embalajes —dijo la secretaria.

—¿Era algo importante, señor? El tubo estaba junto a la papelera. Creí que ya no servía para nada. Perdone si he metido la pata. Si vale algo ese tubo yo se lo pago —dijo la mujer muy compungida.

Míchel Vedrano trató de mantenerse sereno pese a que por dentro estaba a punto de estallar. Se encerró a solas en el despacho, se concentró mentalmente y estuvo meditando un buen rato. Entonces sonó el teléfono. Le llamaba Luis Bastos para decirle que el especialista había mandado a Julia repetir los análisis y, aunque se sentía preocupado, había decidido comprar el Picasso por doscientos cincuenta millones, según lo apalabrado. En cuanto le entregara el cuadro daría una gran fiesta en su casa de La Moraleja para presentarlo en sociedad, a ver si así espantaba los malos agüeros.

Míchel se dio un toque de cocaína en la nariz y en seguida comenzó a actuar. Tenía un amigo en el Ayuntamiento. Este le comunicó al instante con el concejal de la limpieza, quien con toda amabilidad le puso con un funcionario y este, con buena disposición, examinó un plano de Madrid y el organigrama de trabajo de su negociado; después de consultar un fichero le notificó a Míchel Vedrano que el camión de la basura que había pasado por su calle el domingo de madrugada era el número 84, conducido por Serafín Poyatos.

Dos horas después Míchel Vedrano tenía a este hombre sentado frente a una cerveza en un bar de Vallecas. Resultó ser un tipo decidido y más cuando supo que su elegante interlocutor estaba dispuesto a premiarle con medio millón de pesetas si le ponía en la pista de un objeto perdido en el basurero general. Serafín Poyatos no hizo ningún gesto de extrañeza. Le había sucedido otras veces. Muchos ciudadanos no saben el valor que tienen las cosas hasta que las tiran.

El basurero general de la ciudad lo formaban tres enormes montañas de desperdicios, pero Serafín Poyatos, sobre el terreno, después de hacer memoria, logró recordar aproximadamente el punto de la segunda ladera donde había vaciado el volquete del camión la madrugada del domingo. Con un poco de suerte, allí estaría el tubo si las máquinas no lo habían triturado o si cualquier empresa privada de cartoneros no se lo había llevado del portal de la finca el sábado por la noche. El conductor Serafín insinuó a su acompañante que no llevaba la ropa más apropiada para el trabajo que tenían que realizar, pero Míchel no podía dejar de ir elegante incluso si tenía que escalar una montaña de basura, y para eso se había puesto la ajada chaqueta de cachemira, los vaqueros de marca y los zapatos ingleses de suela alta. Con ellos y un bastón en una mano y con la otra tapándose la nariz emprendió la subida hacia una primera elevación de detritus cuyo hedor, por contraste, le llevó a la esquina del Plaza donde el estiércol de caballo olía a perfume Dior, aquel aroma exquisito que había macerado el lienzo de Picasso.

Este inmenso basurero tenía habitantes. A esa hora de la tarde, con el sol todavía alto, unos pelotones de mendigos lo estaban también escalando. Había viejos y niños en aquel ejército e incluso mujeres con cierta distinción en sus abrigos raídos. Todos hurgaban en el muladar con unos ganchos para recuperar algo hipotético, tal vez un tesoro perdido con que llenar el saco. El conductor Serafín comentó que todas aquellas mujeres estaban locas. Se decía que algunas eran marquesas que buscaban un anillo, una diadema o un brillante extraviados. En compañía de aquellos habitantes, Míchel Vedrano ascendía también hacia la cota imaginaria donde había descargado el volquete Serafín Poyatos, conductor del camión 84. Ese montículo de despojos tal vez era el suyo y ambos con el bastón comenzaron a remover restos de comida, excrementos de perros, plásticos pegajosos, trapos podridos, en busca del óleo. En seguida se dieron cuenta de que el trabajo les sobrepasaba. Nunca podrían escarbar tanta inmundicia. De pronto, Serafín Poyatos dio un silbido de pastor para alertar a la tropa de mendigos. Con un gesto del brazo les pidió que se acercaran y una vez situados en corro alrededor del marchante internacional se les rogó ayuda

mediante una recompensa. Se trataba de encontrar un tubo de cartón cuyas características fueron explicadas a los mendigos con todo lujo de detalles.

Esta tropa de exploradores se puso en acción. Hasta la puesta del sol duró aquella labor de remover toda una ladera del basurero de Vaciamadrid sin que nadie lograra encontrar nada. Serafín Poyatos volvió a sugerir que tal vez el sábado había pasado primero el camión de los cartoneros llevándose toda clase de papeles, cajas y embalajes hacia el depósito de reciclaje. Había que llamar al área de limpieza urbana.

Ya se había ido el sol y la luz del crepúsculo extraía unos reflejos con matices de color malva de las tres enormes montañas de mierda, y cuando Míchel estaba a punto de abandonar ya la empresa uno de los mendigos, desde la cima de un montículo, izó con la mano un tubo de cartón destrozado y gritó si aquel desecho se parecía a lo que buscaban. Míchel Vedrano se acercó a examinar el despojo. Esta vez se había producido el milagro. Aquel pingajo que el mendigo exhibía en el aire después de cuatro horas de rebusca era el tubo que contenía el lienzo de Picasso, una mujer desconocida que sin duda ahora tenía el rostro magullado. Míchel vio el sello de la tienda de alfombras de Nueva York y luego hurgó con el dedo para comprobar que la tela estaba en el doble fondo. Solo entonces lanzó un grito de alegría y dirigiéndose al corro de mendigos les dijo que estaban todos invitados a cenar en Jockey.

Cuando al pie del basurero Vedrano extendía un talón de medio millón a Serafín Poratos, uno de los mendigos preguntó qué se podía comer allí y el marchante lleno de felicidad contestó:

—Pidan una pularda con salsa de setas. La preparan muy bien. Dejen la cuenta a nombre de Míchel Vedrano, el hombre con más suerte del mundo —dijo lleno de júbilo el marchante.

Arrancó el Mercedes de Míchel a toda velocidad hacia su despacho transportando el cuadro de Picasso en el maletero. La profundidad del daño se hizo patente cuando, a solas, abrió los restos del tubo con una tijera y apareció el rostro de aquella suicida completamente destrozado. El lienzo estaba roto en varios pedazos, parte de la pintura había saltado y algunas inmundicias del basurero también habían penetrado la textura de tal forma

que no se podían distinguir a simple vista las pinceladas del artista de las manchas de estiércol humano.

El marchante estaba pensando en un buen restaurador cuando sonó el teléfono. Le llamaba Luis Bastos para decirle que Julia había preparado una gran fiesta para el viernes de la semana siguiente. Había invitado a financieros, políticos, artistas y gente que sale en las revistas.

Betina no solo había sido la única en descubrir la herida en el rostro de la mujer del retrato, pese a que la restauración había sido otra obra de arte, también era una de esas chicas que en cualquier fiesta primero pasan inadvertidas, pero a medida que llega la madrugada y los invitados se van hundiendo en el fondo de los sillones ella es cada vez más seductora, hasta el punto de que su fascinación es lo último que queda en medio de las botellas vacías, de los besos de despedida, de los primeros bostezos y los ceniceros repletos de colillas. Betina Esteva y Míchel Vedrano habían quedado sentados al final de la fiesta en un tresillo de la galería con una copa de whisky que compartían. La diferencia de edad no era obstáculo para que se les viera como una pareja de diseño moderno, perfectamente encajada. Él tenía el vientre hacia dentro, el pelo gris sobre las orejas, el cuello largo, el aire de intelectual macerado en hoteles de lujo. Ella era una treintañera de piernas largas afirmadas en el gimnasio, con un papá consejero de banco, un Golf blanco descapotable, un novio negro en Nueva York y una Visa oro siempre incandescente. Betina se había despachado ya una decena de amantes de todas clases, moteros, altos ejecutivos, chicos finos con gemelos de platino en la camisa, macarras de discoteca y presentadores de televisión, pero ahora aquel señor mayor con mucho mundo la tenía subyugada por la historia que le acababa de contar del dibujo de Matisse que salía en la subasta de Sotheby's de Nueva York. Ambos se intercambiaron los teléfonos y quedaron en llamarse.

En el porche de casa, a salvo del relente de la madrugada, Míchel fue el último en despedirse mientras en el jardín sonaban los motores de los coches ahogando las cariñosas frases que los invitados se decían desde las ventanillas. Luis Bastos le dio un abrazo efusivo a Míchel en presencia de Julia.

—El Picasso es muy bonito. Estamos muy contentos. Seguiremos haciendo negocios —le dijo el empresario.

—Eso espero. ¿Te he hablado de un dibujo de Matisse? —preguntó Míchel.

—No, todavía. ¿Y tú recuerdas el favor que te he pedido esta noche?

—Lo recuerdo muy bien.

2

Antes de iniciarse en el mercado del arte, Míchel Vedrano era un simple mueblista decorador que por su afición al cante flamenco andaba siempre entre gitanos por los tablaos, y fueron precisamente unos gitanos del Rastro quienes le introdujeron en el comercio de antigüedades a mitad de los años sesenta. Comenzó primero a hacer cambalaches con tablas y predelas de retablos desguazados o robados de las iglesias, y de ahí pasó a los floreros y bodegones del XVII más o menos falsos; luego escaló los siglos a través de cuadros realistas, románticos o impresionistas hasta llegar a la pintura abstracta. Finalmente se convirtió en el rey del cotarro, en el gallo de este negocio.

A lo largo de un camino de continuos trapicheos, el gusto y el olfato del marchante Vedrano se fueron depurando porque era un tipo extremadamente sagaz, aunque tardó mucho tiempo en abandonar la pinta de tratante que habían dejado en él los chamarileros. Estos igual vendían un Greco falso que un somier, un palanganero que unos borrachos de Franz Hals. Los gitanos que trasteaban con el arte se movían entre marquesas arruinadas con palacios sacados en almoneda y curas de pueblo o priores de convento dispuestos a hacer trueque con tallas románicas a cambio de que les repararan el tejado de la abadía.

Entre coleccionistas y chamarileros corría la leyenda de que en las trastiendas del Rastro a veces aparecía un lienzo polvoriento que alguien muy entendido podía comprar por cuatro duros sin que el dueño del baratillo supiera que se trataba de un Goya o de un Velázquez perdidos, ya que los tenía por una mala copia. Incluso se daban ejemplos. Se decía que hubo un profesor extranjero que hacía poco se había llevado del Rastro, por

cinco mil pesetas, un cuadro cubierto de telarañas que representaba a un viejo con un candil y que después de limpiarlo y restaurado apareció en el ángulo inferior derecho la firma de Rembrandt. Era uno de sus autorretratos que se daba por desaparecido, aunque estaba catalogado en la testamentaría del artista.

Michel Vedrano tuvo uno de estos golpes de suerte y de pronto se hizo millonario. Un día compró por azar un cuadro que estaba apilado contra la pared entre un montón de trastos en el sótano de un anticuario de mala muerte de Segovia. Aquel cuadro, la escena bíblica del *Banquete del rico Epulón y el pobre Lázaro*, resultó ser un Caravaggio de verdad. Pero este marchante tuvo más fortuna todavía. Sometido al análisis de algunos conservadores del Museo del Prado y de varios críticos de arte oficiales, unos dijeron que el cuadro era del pintor murciano Pedro de Orrente, otros, que en el mejor de los casos parecía una obra de taller napolitano, y los más radicales afirmaron que era absolutamente falso, que se trataba de una copia del siglo XIX. Este dictamen hizo que el Ministerio diera con suma facilidad el permiso de exportación, pero una vez que el lienzo estuvo en Londres se descubrió que era un Caravaggio auténtico. El cuadro fue subastado en Sotheby's con todos los sacramentos y de pronto la cabeza de Michel Vedrano fue coronada con trescientos millones de pesetas de los años setenta. Desde ese día su carrera levantó el vuelo y cambió de rumbo. Su nombre comenzó a sonar como marca acreditada.

Por esas mismas fechas su buena suerte volvió a entrar en acción. Michel Vedrano conoció en la taberna Gayango de Madrid a la pintora Beppo, una inglesa de unos setenta y cinco años que en su juventud había sido modelo de Modigliani. A esta bohemia se la solía ver a la hora más dura de la noche apoyando sus huesos contra el estanque del mostrador de los aljibes del cante flamenco, con un pitillo entre los dedos y un vaso de vino siempre al alcance de la mano. Era una dama muy alta, la cara blanqueada de polvos de arroz, una boina de terciopelo volada por un lado de la cabeza y un pañuelo de seda que después de taparle los pellejos del cuello se hacía lazo sobre el esternón puntiagudo. Esta inglesa larguirucha, que ahora parecía un afgano, siendo todavía una adolescente abandonó a su familia de Londres y cayó por el París de principios de siglo fumando una larga

boquilla de vampiresa, con falda charlestón y sombrero de plumas cuando los pintores de Montparnasse llevaban un geranio en la pipa y los escritores surrealistas hacían pediluvios de cocaína y los músicos se suicidaban arrojándose al vacío sin dejar de tocar el violín por los aires durante la caída como las figuras de Chagall.

Beppo era una damisela loca en medio de aquellos bohemios de entreguerras. Pasó por distintos caballetes y camastros en las madrigueras de los vanguardistas. Inspiró a Modigliani, fue muy amiga del escultor Brancusi y al final se casó con el famoso príncipe tunecino Abdul Wahab, un artista muy refinado que pintaba unas acuarelas llenas de sensibilidad oriental con palmeras y palacios azules. El matrimonio de esta inglesa libertaria con un aristócrata árabe podía pasar como otra creación artística en medio de aquella tropa de alucinados. La chica más libre de la Rive Gauche cazó y domesticó a un sultán al que en las noches locas sacaba a pasear por Saint Germain atado por el tobillo con una cadena de plata.

—Una mujer, para emanciparse, no necesita dar tanto la lata —gritaba Beppo a altas horas de la noche entre el jolgorio de la taberna—. Se levanta una por la mañana, agarra la libertad por el rabo, como decía Picasso, y ya está.

—Oye, niña —exclamó el cantaor Pepe el de la Matrona.

—Qué.

—Te quiero presentar a este amigo que vende pintura.

—¿Eres marchante?

—Estoy en ello —contestó con una sonrisa ladeada Míchel Vedrano.

—Todos los marchantes son unos hijos de puta —exclamó Beppo.

—Totalmente de acuerdo —asintió el interesado.

Fue una manera discreta de empezar una larga amistad. Esta artista, desde el primer momento, vio en Míchel las cualidades mínimas que ella exigía para no despreciar a una persona: no bebía Coca-Cola en su presencia, no usaba cosa alguna de plástico, no estaba sometido a ninguna convención social, no se le escapaba ningún tópico al hablar. A Beppo le gustaban las muchachas que se adornaban con puntillas de puta y los hombres un poco decadentes vestidos con ropa muy buena un poco ajada,

como Míchel Vedrano, y para ella no eras nadie si no calzabas zapatos de gran calidad. La anciana quedó atraída por el desparpajo con que el marchante trataba a los flamencos, y allí mismo, junto a la barra de la taberna Gayango, entre el ruido de vidrios y el chalaneo de los gitanos que hablaban de bodegones del XVII comenzó a explayarse sobre su vida y entonces salió a relucir por primera vez el nombre de Matisse y de una de sus modelos, llamada Antoinette, que posó para el cuadro *La alegría de vivir*, una de las obras más famosas de este pintor.

Cuando Beppo la conoció ya no era aquella adolescente desnuda que aparece en la parte izquierda del lienzo arreglándose unas flores en el pelo con el torso arqueado. Era ya una mujer de unos cuarenta y cinco años vencida por una grave enfermedad que se paseaba en un estado lastimoso entre las mesas del café de La Coupole con pamela y vestido largo cogida del brazo de un amigo panadero que la protegía. A veces el pintor Vlaminck, para ayudada, rifaba uno de sus cuadros después de vender papeletas en los cafés de La Rotonde, La Coupole y el Dôme. El príncipe Abdul Wahab la había conocido en su momento de esplendor cuando era una ninfa adorada por todos los artistas y la tuvo recogida en su buhardilla de la Rue Bonaparte, donde compartió su decadencia con una Beppo quinceañera que acababa de llegar a París.

—Debió de ser una adolescente divina. Mi marido le compró uno de los bocetos de desnudo que le hizo Matisse para un cuadro. Estaba adorable. No me extraña que Matisse enloqueciera —decía Beppo.

—¿Se acuerda de eso todavía? —preguntó Míchel.

—¡Cómo no me voy a acordar! Ese dibujo estuvo clavado durante años con cuatro chinchetas en la puerta de un armario del estudio. Allí pasó la guerra hasta que los norteamericanos entraron en París.

—¿Qué fue de ese papel?

—¡Bah! —exclamó Beppo.

En medio del estruendo de la taberna los flamencos animaron a la pintora a que volviera a contar la historia de su llegada a España. Beppo se resistió al principio, pero tal vez porque Míchel tenía algo de gitano que la seducía comenzó a reír y al final de tres rondas se avino, cosa rara, a repetir lo que todos ya sabían, que hacía treinta años llegó a España desde París

atraída por las noches del sur llevando del brazo al príncipe Abdul Wahab. En Sevilla entraron en un tablao donde un guitarrista de patillas rizadas hasta la mandíbula acompañaba la seguidilla de un cantaor y Beppo lo estuvo observando mientras bebía sin parar. De pronto le dio el rago. Cuando llegó el descanso le dijo al príncipe que la esperara unos minutos porque deseaba saludar al artista en el camerino.

—Y, bueno, nada —cortó Beppo de pronto la narración.

—Anda, continúa —la animó Míchel.

—Joder, ya lo he contado muchas veces.

—Vamos, vamos, cabrona, dile a este amigo qué pasó en el camerino —mandó con autoridad Pepe el de la Matrona.

—Entré a saludar al guitarrista.

—Y qué.

—Estuve allí unos cinco minutos mirándole a los ojos, sin hablar nada. De pronto, no me preguntas por qué, decidimos escapar por la puerta de atrás. De eso hace ya treinta años.

Beppo se fugó con aquel gitano aceituno lleno de rizos que llamaban Magdaleno y con él se adentró en la España negra o colorista. Primero en Londres había dicho adiós para siempre a los desayunos con avena y a los sándwiches de pepinillos con lechuga cuando abandonó a su familia; luego echó a perder un palacio en Túnez y una buhardilla en Saint Germain por una súbita pasión gitana, y después de muchos años de andar entre flamencos ahora ya era una experta en la cultura del cante jondo y las frituras con ajo. Vivía sola, rodeada de gatos, en un ático en Madrid y de vez en cuando se iba con el caballete a los campos de Córdoba a pintar unas acuarelas de olivos muy líricas. Odiaba hablar en inglés. Lo hacía siempre en un castellano muy blasfemado, pero tenía una elegancia innata que se correspondía con un gran refinamiento interior, y eso fue lo que atrajo a Míchel Vedrano desde el primer momento. En la misma barra de la taberna Gayango quedó fascinado por las cosas que la mujer sabía de aquel París de entreguerras y, decidido a ser su amigo, le propuso comprarle diez acuarelas allí mismo sin discutir el precio.

—Todo a cambio de que me cuentes algunas historias de artistas que has conocido —le dijo Míchel Vedrano para cerrar el trato.

—La mayoría eran unos gilipollas.

—¿Picasso también?

—Ese el peor. No era un gilipollas. Era un hijo de puta.

—¿De veras? ¿Lo llegaste a conocer en París?

—Lo vi un día jugando a las cartas en un bistró con pinta de apache. Y otra vez en el café Flore peleándose por un huevo duro con Tristan Tzara, el dadaísta, como dos niños idiotas. ¿Sabes una cosa? La modelo Antoinette, a punto de morir, fue a pedirle un poco de dinero a Picasso. Entonces ya era un millonario que vivía en la Rue des Grands Augustins, donde pintó el *Guernica*, esa mierda de cuadro.

—No digas eso, Beppo, jodida —interrumpió el cantaor Pepe el de la Matrona—. El *Guernica* es una obra cojonuda a más no poder.

—Calla, que tú cantas muy bien pero no entiendes nada de esto. ¿Y qué hizo el hijoputa de Picasso? No dejó que esa mujer pisara su estudio. Ella puso el pie en la puerta y le tendió la mano como una mendiga para que le diera un poco de dinero. No le dio nada. La echó.

—¿Y Matisse?

—Matisse era un señor. Le llamaban el Doctor por su prestigio y porque pintaba cuadros que parecían quitar las penas a los espectadores. Eran cuadros curativos.

—No dieron resultado con aquella pobre modelo —dijo uno de los gitanos.

Beppo levantó los hombros con indiferencia y continuó diciendo que hacia 1906 Matisse, recién terminado el cuadro *La alegría de vivir*, lo vendió a los hermanos Leo y Gertrude Stein, unos coleccionistas judíos norteamericanos muy ricos que vivían en París. Se decía que el artista había convertido a la modelo Antoinette, con solo dieciséis años, en su amante. Hizo con ella un viaje al sur, a Biskra, un pueblo de Argelia, como hacían entonces todos los exquisitos buscando sensaciones solares y todo eso que se espera de la dicha sin culpa, y de regreso se trajo telas, cerámicas y una escultura africana de madera. Picasso solía visitar a los hermanos Stein cuando Matisse regresó a París con Antoinette. Se conocieron en casa de estos millonarios judíos de la Rue Fleurus. Allí Picasso vio por primera vez aquella máscara de ébano que traía Matisse y al mismo tiempo también

quedó enamorado de la belleza de aquella chica que le había servido de modelo para el cuadro colgado ahora en el salón de sus anfitriones.

—Beppo, tómate otro vino. ¿Quieres unas patatas fritas? —preguntó bostezando uno de los gitanos.

—Patatas fritas con aceite de girasol se las comerá tu puta madre —contestó la pintora.

El camarero se acercó a la esquina del mostrador donde estaba el corro de gitanos. Lo que ella contaba no interesaba a nadie, salvo a Míchel Vedrano, que parecía subyugado por aquel mundo fenecido de pintores de entreguerras cuyas obras se habían convertido en auténticos tesoros que él trataba de descubrir.

—¡Marchando cinco vinos más y otra de boquerones en vinagre! —gritó el camarero detrás de la barra.

—Me gusta lo que dices, Beppo. Aunque estos analfabetos no te escuchen, sigue contando esas cosas. Veo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

—¡Bah! Odio a los marchantes que se hacen los finos. Prefiero a los chamarileros —murmuró la anciana.

—Los marchantes somos unos hijos de puta, pero a mí me tendrás que querer por cojones, ya verás.

—Oh..., qué gran español —exclamó la anciana inglesa.

Cuando al filo de la madrugada ya se habían despedido todos los flamencos, en la taberna desierta quedaron solos Vedrano y la pintora, ella de pie con un vaso de vino junto al codo en el mostrador, él sentado a horcajadas en una silla sobre el serrín lleno de cáscaras de mejillones.

—Aunque Matisse y Picasso en apariencia se llevaban muy bien y se intercambiaban obras, pronto comenzaron a odiarse en secreto. Fue por celos de aquella niña —siguió Beppo.

—¿Solo por una niña? ¿Era tan venenosa? —preguntó Vedrano.

—Aquella adolescente que se vestía como una putita en los salones podía perturbar a cualquiera, pero sobre todo Picasso no podía resistir contemplarla desnuda en aquel cuadro cuando iba a casa de Gertrude Stein.

Beppo le contó al marchante cómo se inició el cubismo. Aquella escultura de madera que Matisse había traído a París desde Argelia en

realidad provenía de Gabón. Era la máscara de un ídolo negro cuya nariz en forma de hacha impresionó a Picasso, quien en esos días acababa de terminar el cuadro de *Las señoritas de Aviñón*. Tal vez cogido por un rapto de humor, Picasso incorporó la nariz del ídolo africano a la figura de la derecha, una de las prostitutas desnuda, como un escarnio o como un arrepentimiento genial. De esa nariz partió el cubismo. Matisse inventó ese nombre. Fue la primera muestra de libertad absoluta. Pero lo que se decía entonces en las mesas de La Coupole cuando Beppo llegó a París es que con este gesto Picasso no había hecho sino vengarse de la belleza clásica de Antoinette, que solo estaba en posesión de Matisse. Fue una tortura. Picasso no cesó de mortificar a los Stein hasta lograr que ese cuadro desapareciera de su vista. Esos coleccionistas vendieron *La alegría de vivir* y en su lugar en la misma pared del salón colocaron *Las señoritas de Aviñón*. Y allí seguía cuando, en los años veinte, en casa de los Stein entró Hemingway por primera vez sin quitarse los guantes de boxeo.

—¿Conociste también a Hemingway? —preguntó Vedrano.

—Iba por París haciendo siempre de macho. Una vez le vi echando un pulso con alguien en el café de Lilas. Era un maricón reprimido que presumía de valiente. Por ese tiempo Antoinette ya había comenzado a pedir limosna en la calle. Picasso había ganado la partida. Pintaba cuadros sentado en un baúl lleno de billetes de cien francos —dijo Beppo.

Esa madrugada la anciana pintora se hizo acompañar por Vedrano hasta su casa y ya estaba clareando el día cuando los dos seguían sentados entre varios gatos en el ático con el cartapacio de las acuarelas abierto sobre el sofá. Eran acuarelas de olivos en tonos verdes y dorados muy sutiles. Vedrano eligió unas cuantas sin reparar en el número ni en el precio, pero mientras hacía la elección el marchante no podía apartar la vista de un cuadro colgado en la pared, una acuarela enmarcada con cristal que representaba una figura femenina en una calle de París.

—¿De quién es? —preguntó Vedrano.

—De Abdul Wahab, mi marido.

—¿Tienes más?

—Ahí me quedan algunas —dijo Beppo señalando un baúl.

En el baúl de terciopelo rojo guardaba Beppo un tesoro, fruto del expolio que había hecho del taller de su marido. Gracias a esas obras de Abdul Wahab, muy buscadas por los coleccionistas más caprichosos, Beppo había logrado sobrevivir sin abandonar una bohemia dorada. Sus propios trabajos no tenían mucha salida, pero en caso de apuro, cuando la necesidad apremiaba, Beppo hacía una llamada a cualquier protector, abría aquel baúl y se deshacía de una de aquellas pinturas exquisitas del príncipe tunecino, ejecutadas sobre papel de arroz importado de China. Esta vez Beppo no solo no puso reparos en venderle una acuarela de Abdul Wahab a este marchante recién llegado, sino que además le facilitó el nombre, la dirección y el teléfono del señor Segermann, famoso galerista de Suiza, que estaba muy interesado en esa mercancía de arte tan selecta y escasa en el mercado.

Con esa acuarela de Abdul Wahab bajo el brazo llegó Vedrano por primera vez a Ginebra. Para entrar en contacto con el señor Segermann no había mejor tarjeta de presentación. Este judío internacional controlaba un área bastante amplia del negocio del arte y algo vería en Michel Vedrano porque antes de cerrar el trato le invitó a comer en un buen restaurante italiano, donde la atmósfera le hizo sentir que ya pertenecía a una mafia, que era uno de ellos sin que supiera quiénes eran ellos en realidad, ya que la mafia del arte tiene un sello muy enigmático. Durante ese almuerzo Vedrano recibió una primera lección que fue digerida junto con un manjar exquisito.

—Si en el arte no hay moral, ¿por qué deben tenerla los marchantes? — preguntó el señor Segermann mientras recibía con una amplia sonrisa la langosta que el camarero depositaba en su plato—. Esta máxima la aprendí de mi padre y este la aprendió del suyo antes de que el negocio de cuadros cayera en mis manos. Los artistas son libres, están exentos de pecado, el arte no tiene fronteras, ¿por qué íbamos a tenerla nosotros? Hay una regla de oro. Este mercado necesita servidores que estén atados por la estética.

—No he llegado todavía a ese nivel, señor Segermann. Supongo que el arte, con el tiempo, me irá educando —comentó Vedrano—. Manejo piezas

de poca altura. Con esta acuarela de Abdul Wahab es la segunda vez en mi vida que he notado una extraña energía en las manos.

—¿Estaría usted dispuesto a robar de un museo un cuadro que le gustara mucho? —le preguntó el judío internacional.

—¿Es una proposición? —dijo Míchel Vedrano.

—Conteste.

—No estoy preparado para responder a eso todavía, señor Segermann.

—Tiene que saber que una energía parecida a esa que la acuarela de Wahab le ha transmitido puede llevarle a la locura. ¿Estaría usted dispuesto a matar?

—¿Por qué motivo tengo que matar?

—Por ejemplo, por un ángel de Caravaggio —respondió el señor Segermann.

—Yo tuve una vez un Caravaggio. Con él empecé en serio con este negocio —comentó Vedrano mientras se servía un vino del Rin en la copa.

—Le voy a comprar esa acuarela —dijo el señor Segermann—. Le daré lo que me ha pedido, es un precio razonable, pero no vuelva a verme hasta que no esté dispuesto a robar y a matar por una obra de arte.

—Espero poder hacerlo algún día.

—¿Cómo era su Caravaggio?

—La escena bíblica del rico Epulón.

—¿Sabe usted? Fui yo quien pujó por ella en Londres hace unos años.

Tal vez Míchel Vedrano no estaba preparado para robar ni para matar por el arte, pero eso no le impidió ir a la cárcel. Una mañana de diciembre, a principios de los años setenta, se dirigía al aeropuerto de Barajas y la ciudad estaba envuelta en un gran sonido de ambulancias, coches de bomberos y de policía que se dirigían hacia un punto del barrio de Salamanca. Vedrano llevaba una maleta roja repleta de billetes, unos siete millones, dinero que necesitaba para comprar un óleo de Sorolla en Buenos Aires. En medio del atasco el viajero imaginó que había sucedido alguna desgracia, pero en ese momento él solo pensaba en el gran negocio que iba a hacer una vez más. En esos años, Argentina estaba atravesando una gran crisis económica y aquellos hacendados criollos que en la época dorada de

entreguerras compraron joyas y cuadros de maestros impresionistas durante sus vacaciones en Europa estaban vendiendo todo a precios de saldo. Vedrano ya había dado algunos golpes en Buenos Aires. Previamente a su llegada solía mandar a algún amigo argentino cargando con varios millones de contrabando, y una vez depositados allí en un banco, Vedrano se presentaba con el talonario.

Cuando el taxi enfiló la autopista de Barajas el tráfico ya era más fluido y el sonido de las sirenas había quedado lejos, de modo que el viajero se olvidó y embarcó la maleta roja con destino a Buenos Aires. Al pasar el control de policía el funcionario se entretuvo más de lo normal en escrutarle la cara, pero Vedrano sabía resistir este tipo de miradas. Todo parecía en regla, aunque en seguida se presentó la primera contrariedad. Todos los vuelos de salida habían sido cancelados durante tres horas sin que el altavoz diera una sola razón. Vedrano se tomó una cerveza en el bar y ni por un momento pensó en la suerte de su maleta roja, ya que no la relacionó con la cantidad anormal de guardias con metralleta que se veían en la sala de embarque.

Cuando los pasajeros con destino a Buenos Aires fueron llamados su caso ya no tenía remedio. Vedrano se encontró metido en una fila flanqueada por dos cordones de policías malencarados.

—¿Qué sucede? —preguntó el marchante.

—Vamos, siga —contestó un guardia.

—¡Oiga!

—He dicho que siga.

Sobre una banqueta, dos números de la Guardia Civil estaban destripando todos los bolsos con un celo inusitado y de pronto Vedrano vio una extensión de maletas en el suelo de un depósito entre las cuales en seguida divisó la suya de color rojo. Llegado el momento un funcionario le preguntó:

—¿Es ese su equipaje?

—Sí.

—Ábralo.

—Solo llevo ropa y efectos personales.

—Abra la maleta.

—Pero ¿qué sucede hoy aquí?

—¿No lo sabe? Han matado al presidente del Gobierno. Un coche bomba.

Debajo de la ropa aparecieron los siete millones en fajos de billetes nuevos recién sacados de fábrica. A Vedrano se lo llevaron dos guardias trincado por los codos hacia un despacho donde tres señores de paisano fumaban crispadamente escuchando un transistor. No perdió la calma cuando le interrogaron. Con desparpajo pidió a aquellos funcionarios que lo dejaran llamar por teléfono. Mientras la radio daba noticias del magnicidio, Vedrano marcó un número y al otro lado del aparato contestó una voz displicente que en seguida se hizo amable.

—Luis Miguel, soy Míchel Vedrano. Estoy en el aeropuerto de Barajas metido en un lío.

—¿A quién llama usted? ¿Quién es ese Luis Miguel? —le cortó uno de los guardias de aduanas.

—¡El torero! —exclamó Vedrano tapando con la mano el auricular—. Perdona, Luis Miguel. ¿Que qué ha pasado? Sencillamente que me han pillado con siete kilos en la maleta... No, no, de extrapeso no, de contrabando, pesetas de curso legal, por favor llama al ministro, y que este llame a Franco o a quien sea.

—Al Caudillo lo veré dentro de unos días en una montería —sonó un bostezo al otro lado del teléfono.

—¿Sabes que acaban de matar al almirante Carrero?

—¿Lo dices en serio? —contestó el matador.

—Me lo acaban de notificar los guardias que me han detenido.

—No importa. Tranquilo, Míchel. No creo que se suspenda la cacería. Serían demasiadas desgracias para el Caudillo —dijo Luis Miguel Dominguín.

El suyo era un percance normal de tráfico de divisas, pero aquella mañana en Madrid todo el mundo tenía cara de terrorista, de modo que Vedrano pasó a la comisaría, al juzgado de guardia y de allí directamente a la cárcel de Carabanchel. En el rastrillo de entrada, después de haber sido fichado y calificado, lo tomó un celador para depositarlo en una celda de la cuarta galería donde estaba preso Henry el Holandés, famoso ladrón de

cuadros, y aunque los dos en principio se cayeron bien tardaron unos días en llamarse colegas.

Durante el desayuno de migas con chocolate en plena cacería de venados el torero Luis Miguel Dominguín salió en ayuda de su amigo de juergas flamencas. Unos treinta monteros de alta alcurnia política y financiera perfectamente equipados ocupaban una larga mesa en el comedor de aquel caserío de los montes de Toledo, y el torero tenía a su lado a un ministro y enfrente estaba Su Excelencia. Con una naturalidad muy próxima al cinismo, Luis Miguel Dominguín dijo en voz alta que había que remediar una gran injusticia. Lo dijo de forma que su petición llegara a los más insignes oídos: un amigo suyo que estaba haciendo mucho por el arte acababa de ser detenido por una simple tontería de nada.

—¿Quién es? —preguntó un gerifalte.

—El marchante Míchel Vedrano.

—¿Un marchante? Los odio.

—¿Por qué?

—¿Sabe qué me hizo uno de esos pájaros, a mí que soy ministro de Cultura? Me vendió un dibujo de Dalí enmarcado con un cristal. Lo tuve un año colgado en la pared del Ministerio. Todo el mundo me felicitaba por la adquisición, incluso el propio Dalí llegó a darme la enhorabuena. Era realmente precioso. Un día en que a la señora de la limpieza se le fue la mano al pasarle el plumero el cuadro se cayó al suelo, se rompió el cristal y entonces descubrimos que era una ilustración arrancada de un libro de la colección de arte de Skira. Detrás del dibujo había un texto impreso.

—Míchel Vedrano es demasiado elegante para hacer una chapuza como esa —dijo Luis Miguel Dominguín.

—¡Qué quieras que te diga! —rezongó el ministro.

—¡Excelencia!... —murmuró el matador al ver que el Caudillo le miraba sonriendo después de levantar los ojos de la taza de chocolate.

—¿Por qué motivo han detenido ahora a ese señor? —preguntó el Generalísimo Franco con un picatoste en la mano.

—Se llevaba un poco de dinero a Argentina para repatriar a España un cuadro de Sorolla —dijo el torero.

—Mal asunto, mal asunto... Puede que ese tal... ¿Sorolla, ha dicho usted?, sea un buen pintor, no lo sé, pero las pesetas son sagradas, son sagradas, las pesetas son divisas, como la bandera nacional —dijo Franco.

A esa hora, la policía fiscal ya había efectuado un registro en el estudio del marchante Vedrano y, al analizar sus libros y las facturas de las carpetas, había descubierto que entre sus mejores clientes se encontraban algunos personajes muy significativos del Estado, quienes le habían comprado cuadros importantes traídos de contrabando sin posibilidad alguna de justificar el dinero. El marchante solo estuvo un mes en la cárcel y fue la temporada más feliz de su vida, según contaría años después en las sobremesas al recordar al ladrón de museos Henry el Holandés y a otros amigos gitanos que encontró en el patio.

Estas historias fascinaban a Julia, la mujer de su nuevo cliente, Luis Bastos, sobre todo cuando servían de complemento a unos platos exquisitos como aquella vez en El Bulli. Hasta llegar a esta mesa, Míchel Vedrano había recorrido un largo camino lleno de altibajos, se había arruinado dos veces, había salido de estas quiebras con más empuje, había conocido varias crisis económicas, había visto cambiar los gustos de pintura y había tratado con todo tipo de coleccionistas, finos, sucios, exigentes y analfabetos. Si sobrevivió a tantos quebrantos era porque se medía a sí mismo siempre con este principio riguroso del arte: no hay que dar ninguna importancia al dinero ni a la moral frente a la belleza.

Otro trayecto muy distinto había seguido Julia Varela hasta llegar a colgar un Picasso en su vestidor. Pertenecía a esa clase social que puede regalarte un rostro bellísimo y un cuerpo espléndido, pero que deja siempre su huella en las manos o en las rodillas mal torneadas. No obstante, Julia, de niña, había tenido sueños de artista que desarrolló en clases de baile, y si su padre, un militar chusquero de carácter franco y rudo, no la hubiera tirado de la brida tal vez habría acabado de segunda bailarina o de corista de revista, dada su belleza, pero todo su impulso creativo lo desvió su madre hacia los guisos y de esta forma Julia se convirtió desde muy jovencita en una magnífica cocinera llena de sensualidad, aunque sus clases de baile no fueron en vano. Durante unas vacaciones de verano Julia se empleó de

camarera en un bar de copas de la Costa del Sol donde fue pionera en servir bebidas y helados patinando entre las mesas al aire libre. Pudo haberse quedado detrás de la barra limpiando vasos, pero su natural vocación comenzó a aflorar de nuevo. Patinaba de forma muy graciosa improvisando pasos de baile con un brazo en alto y la mano bajo una bandeja llena de licores o de copas de helados que soltaban chispas como estrellitas. Así llamó la atención de un cliente despechugado con cadena de oro en el esternón que bebía en un corro de amigos. Luis Bastos, un famoso industrial asediado por varias amantes simultáneas, no cesaba de mirar a aquella chica de la minifalda con patines rosas. Ella se sabía observada y al pasar por delante de aquel cliente con pinta de millonario le hacía un mohín, daba un quiebro con las piernas y le ponía el adorable trasero con las braguitas de algodón a dos palmos de la cara. La tercera vez que Julia realizó este lance Luis Bastos, de un zarpazo, la agarró por la cintura y lanzó un grito selvático:

—¡¡Mía!!

—Ahhh... —gritó la chica soltando en el aire la bandeja.

—Eres mía. Tú ya no te escapas.

Luis Bastos sujetó a la patinadora y la sentó en sus rodillas mientras todavía rodaban por el suelo todos los licores. De las rodillas de Luis Bastos en aquel bar de la costa, Julia pasó directamente al altar de la iglesia de los Jerónimos de Madrid. Ella no sabía nada excepto guisar unos manjares suculentos del tipo lentejas con orejas de cerdo, chipirones en su tinta, codillos y toda clase de arroces, una aptitud que compartía con una dádiva generosa de su sexo a cualquier hora del día, en cualquier lugar y bajo cualquiera de sus formas, pero esta sensualidad tan directa, y rudimentaria Julia la fue depurando en poco tiempo, puesto que tenía un olfato especial para saber en cada momento dónde estaba el asa de un hombre. Por un lado sus recetas de cocina se hicieron cada día más elaboradas y por otro sus excesos en la cama eran cada noche más imaginativos, hasta el punto de llegar a preparar un caviar con gelatina de manzana o unas cigalas a la menta para ofrecerle a continuación un número de sexo que le rompía la mente a su marido. Fuera de esto Julia no sabía ni quién era Picasso. Al principio su mansión de La Moraleja estaba adornada con uvas de resina

sobre las mesas de centro y con cuadros de ciervos bebiendo en ríos iridiscentes, con ceniceros de cristal tallados, cajitas de toda índole y muchas bandejas y candelabros de plata.

—¿Dónde nos conocimos? —preguntó Luis Bastos en la sobremesa de El Bulli.

—No recuerdo bien. Fue en una subasta donde pasó algo raro, ¿no? —contestó el marchante.

—Sí, fue en aquella subasta —dijo Julia—. A Luis le dio por comprar pintura hace tres años. Te conocimos en aquella primera subasta. Tú estabas de pie apoyado en una columna a la izquierda de la sala.

—¿Cómo recuerdas eso con tanta claridad? —preguntó el marchante.

—Nos robaste un cuadro. ¿Cómo no lo voy a recordar? Era la primera vez que entrábamos en un sitio de esos. Luis se había encaprichado del retrato de una gitana con un cántaro.

—¿De un Romero de Torres?

—Eso es. Una señora se había picado con Luis. Parecía que la habíamos ganado y cuando el subastador estaba a punto de rematar la venta, en el último segundo tú levantaste la mano. Luis abandonó y tú te llevaste la gitana. Después, muy educado, nos la ofreciste por el mismo precio. Así nos conocimos.

—Quiero que sepáis una cosa —dijo Vedrano con una risa muy franca—. Yo no levanté la mano para pujar. Aquel Romero de Torres no me interesaba para nada. En ese momento estaba distraído pensando en el divorcio. Yo levanté la mano solo para rascarme la cabeza.

—Entonces, ¿fue una confusión del subastador? —preguntó Luis Bastos.

—Eso es —dijo Vedrano.

—Qué extraño es este mundo del arte.

—Me gusta, me gusta —murmuró Julia.

—Pensé que ese malentendido tenía que darme suerte y decidí quedarme con el cuadro. ¿Habéis dicho que nos conocimos en ese momento?

—Es el primer cuadro que te compramos —dijo Luis Bastos.

—Está bien. Digamos que me rasqué la cabeza y los dioses echaron los dados —respondió Vedrano.

Después de aquella conversación en El Bulli el poder que la belleza tiene sobre la vida comenzó a revelarse cuando al día siguiente Julia acudió a la clínica de Barcelona para hacerse unos análisis. Durante la sobremesa en el restaurante el marchante y el coleccionista hablaron de otras muchas cosas, pero Julia se quedó en silencio pensando solo en el placer que le proporcionaba aquella luz de media tarde.

3

En el vestidor había un juego de espejos a través de los cuales se multiplicaba hasta el infinito el rostro de la mujer desconocida de Picasso colgado entre dos armarios de roble. Antes de entrar en ese tabernáculo Julia desayunaba en la cama; después se adoraba en el cuarto de baño con la máxima lentitud, ya que esa era la labor principal de su jornada, la que le proporcionaba mayor placer, y recién maquillada con cremas que en el prospecto le prometían toda clase de juventud sometía luego su cuerpo desnudo a la ceremonia litúrgica de vestido. Su guardarropa, adquirido directamente en desfiles de modelos o en tiendas exclusivas, se componía de todos los trajes, vestidos, blusas, jerséis, zapatos, bolsos, medias, ligueros y encajes íntimos imaginables cuyas combinaciones podían llegar también al infinito haciendo de ella otra obra de arte.

Julia se volvía a adorar en el vestidor explorándose la silueta en los distintos espejos cruzados, y estos eran de tan alta calidad que le devolvían la esbeltez en el grado que ella la exigía. Gran parte de su energía la usaba en dirimir la ardua cuestión entre una falda Calvin Klein o unos pantalones de Verino, y había mañanas en que esta duda se podía equiparar al más duro ejercicio espiritual. ¿No era acaso una práctica ascética, casi una tortura ritual, tener que elegir entre unas bragas de seda o de algodón según el estado de ánimo?

Un par de horas antes su marido había pasado por este mismo vestidor a toda velocidad con el pelo mojado, los ojos a punto de saltar de las órbitas por la tos del tabaco, que le obligaba a resoplar al atarse los zapatos mientras la mujer desconocida de Picasso le observaba desde el cuadro, al cual Luis solo alguna vez le devolvía la mirada antes de salir disparado

hacia su despacho de los laboratorios, de la inmobiliaria o de la compañía exportadora de tripas de res. En cambio, Julia, mientras se vestía, nunca dejaba de reflejarse también en aquel Picasso como en otro espejo y al poco tiempo empezó a descubrir en el lienzo ciertos matices de su luz malva que derivaban hacia el negro, el violeta y el rojo hasta formar un color insólito que ella nunca había encontrado en ningún vestido. Sin que fuera consciente de ello aquella mujer desconocida del cuadro había comenzado a educarle ese punto de la mirada que es por donde empieza el alma.

Con veintinueve años Julia estaba llena de ganas de vivir. Ya no le sangraban las encías ni tampoco sentía aquel cansancio que había atribuido a la falta de minerales, pero los informes médicos que su marido le había ocultado la tenían sentenciada a muerte en pocos meses. A primera vista su único problema era el tedio. No tenía ninguna obligación en todo el día. Ir de tiendas, darse masajes, tomar el aperitivo con las amigas, almorzar sola, leer revistas de moda, hacer yoga, pasear por el jardín, esperar la llamada de Luis diciendo que esa noche también llegaría tarde, soñar con que le preparaba una cena tan deliciosa que no tuviera sentido si no terminaba con un homenaje en la cama, esa era la sustancia de su tiempo, una rutina que solo se quebraba a veces con el sobresalto de alguna nueva joya y de un tiempo a esta parte con la pasión de colecciónar pintura.

Sentada en el porche frente a un zumo de zanahoria Julia se estaba acariciando el anillo de brillantes, el último que le había regalado su marido, cuando una de las criadas le acercó el teléfono para que atendiera una llamada. Era el marchante Míchel Vedrano que preguntaba por Luis, convertido ahora en su mejor cliente.

—Luis está en Suecia, de negocios con sus tripas de vaca o vete a saber —contestó Julia.

—Y tú sigues bien de salud, ¿no? —le dijo Míchel con cierto matiz preocupado en la voz.

—Sí, sí, muy bien, ¿por qué? ¿Es que tengo que estar mal? —preguntó ella.

—Nada, nada, me alegro. Dile a Luis que tengo unos nenúfares de Monet.

—¿Nenúfares? Ya tenemos una pileta llena de nenúfares en el jardín — respondió Julia.

—Estos son de una clase especial —comentó con una risa amable el marchante.

—A Luis no le gustan las plantas. Solo le interesan las que son buenas de comer. ¿Existe la ensalada de nenúfares?

—No, no todavía.

Míchel Vedrano no sabía si Julia bromeaba, pero encontró la forma de explicarle sutilmente sin herida que Monet no era un jardinero famoso ni tampoco el nombre de un vivero, sino un pintor impresionista francés cuyos cuadros de nenúfares eran muy valorados por los museos y coleccionistas más importantes del mundo. Julia aceptó la explicación con toda naturalidad e incluso se mostró en seguida muy interesada en conocer la obra de ese artista. Míchel volvió a cometer la misma torpeza al despedirse. Después de interesarse de nuevo por su salud le había hecho una pregunta extraña que dejó a Julia muy pensativa al colgar el teléfono. Ella se sentía bien. El resultado de los análisis no era preocupante y no obstante había comenzado a percibir ciertas miradas de su marido y unas sonrisas demasiado complacientes a la hora de hacer planes para el futuro, y esa actitud la llevó a la conclusión de que le estaban ocultando algo.

Julia se dio un paseo por el jardín. Después de recorrer los húmedos caminitos de la pradera bajo las hayas llegó hasta la tapia para examinar el estado de los rosales y luego arrancó algunas agujas de enebro y se frotó con ellas las manos para aspirar su aroma mientras se acercaba a la pileta que había cerca de la piscina, y allí pudo contemplar aquellas hojas dormidas sobre el agua un poco putrefacta. Descubrir la trama más íntima de reflejos que el sol de mediodía extraía de ese estanque solo estaba al alcance de una observación casi mística, a la cual aún no llegaba, pero ella estaba aprendiendo a mirar. No pudo evitar la tentación de agacharse. Mientras del fondo subía cierto hedor a tallos fermentados su rostro se reflejó en aquel espejo corrompido. Julia quiso acariciar una de aquellas flores blancas que flotaban inmóviles y estaba sintiendo el tacto carnoso de ese pétalo tan obsceno cuando se le escurrió del dedo el anillo de brillantes, que se fue hacia el fondo del estanque, y aunque la mujer hundió el brazo

detrás para atrapado ya no lo pudo alcanzar. La joya se había perdido entre las raíces acuáticas de los nenúfares y al removerlas no había hecho sino liberar hacia la superficie un légamo pestilente y despertar a algunas arañas que tal vez dormían abajo. Tampoco era un gran problema. Mañana mandaría al jardinero que vaciara el agua.

No tenía más trabajo que pensar en sí misma. Sin olvidar las palabras indecisas que Míchel había pronunciado acerca de su salud Julia volvió al vestidor, donde en una de las bandejas del armario estaba el sobre con el resultado del análisis de sangre. Lo leyó una vez más aunque se sabía de memoria todos sus datos clínicos. La cantidad de hematíes y de plaquetas estaba dentro de lo normal y el informe de la biopsia que se derivó de la punción en la cresta ilíaca que le realizaron en la clínica de Barcelona era negativo, así se hacía constar con toda claridad en el escrito, de modo que no tenía por qué preocuparse más. Pero ignoraba un hecho esencial: esos análisis eran falsos. Habían sido manipulados en el laboratorio a petición del marido para no alarma la ante un desenlace inevitable. En realidad, los síntomas de la leucemia aguda eran muy significativos y constaban en el informe original que fue arrojado por Luis a un contenedor de basura al salir del hospital. El aumento alarmante de leucocitos inmaduros no daba lugar a dudas. No obstante, Julia nunca se había sentido mejor. Las ganas de vivir habían potenciado aún más su belleza y todo su cuerpo despedía una sensación de fuerza pese a un resto de palidez en el rostro que la hacía mucho más atractiva. Julia también ignoraba que aquella mujer desconocida del cuadro de Picasso tenía realmente toda su alma destrozada. Había pasado por un basurero general donde fue sometida a la humillación más profunda que pueda soportar una obra de arte.

Después de una restauración feliz en el lienzo solo quedaba un leve arañazo que en realidad era un resto de estiércol profundamente incrustado en la mejilla de la dama. Julia la contempló una vez más. Pese a que aquella figura parecía haber sido sometida también a la残酷 del artista, mientras Julia la contemplaba se sentía transportada a un mundo desconocido. Le gustaba sobre todo la luz que desprendía, a la cual cada día le descubría un nuevo matiz, como un amor que se va revelando

lentamente. No entendía nada de arte pero en el fondo estaba feliz solo de pensar que poseía aquel cuadro y con él todo su pasado. Julia y la mujer desconocida cruzaron la mirada. A través de la ventana del dormitorio llegaba hasta el vestidor la luz del jardín que se multiplicaba en los espejos para formar un solo cubismo con el cuerpo de Julia y el rostro de aquella mujer que se suicidó en una bañera llena de champán rosa del hotel Negresco de Niza. Julia recordó de pronto la pregunta enigmática que Míchel Vedrano le hizo antes de colgar el teléfono.

—¿No tienes nada que decirme ahora que Luis no está?

—¿A qué te refieres? —preguntó Julia.

—Un día tú y yo tenemos que hablar de amor —contestó Míchel Vedrano riendo.

—Míchel.

—Qué.

—Luis te aprecia mucho. Si se enterara te mataría.

El cuadro de Monet estaba guardado en la cámara acorazada de un banco del paseo de la Castellana. Esa misma mañana Míchel Vedrano sabía que un avión privado traía de Ginebra a uno de los reyes del mercado del arte. Venía acompañado de una bellísima joven de plástico y de un guardaespaldas filipino con rostro de navaja, y él era un viejo con la chaqueta de una calidad elegantemente ajada, unas gafas cuyos vidrios multiplicaban la finura de su mirada de halcón y ese bruñido violáceo en la mandíbula que solo se posa ahí a partir de los mil millones de dólares. El jet plateado iba camino de isla Mauricio para que su dueño, el señor Segermann, pasara un fin de semana sobre una playa dorada, pero en pleno vuelo había decidido realizar una breve escala en Madrid para echar un vistazo a los nenúfares de Monet, el cuadro del que Míchel Vedrano le había hablado. Un Rolls-Royce alquilado desde el aire les esperaba en el aeropuerto.

De camino hacia el paseo de la Castellana la novia del señor Segermann fue desembarcada en la calle de Serrano con una tarjeta Visa platino bendecida por su amante, quien le dio dos horas de tiempo para que pudiera realizar con ella una consumición a su antojo en cualquier joyería. Cuando

el Rolls-Royce llegó al segundo sótano del aparcamiento del banco, que era el punto de la cita, allí le esperaba Míchel Vedrano en el interior del Mercedes fumando. El guardaespaldas abrió la puerta del Rolls para que saliera el pez gordo. Ambos comerciantes de arte se saludaron con un abrazo puesto que ya habían hecho juntos algunos negocios, a continuación se dirigieron a la cámara acorazada y mientras el ascensor bajaba hacia el último sótano se observaron mutuamente en silencio con media sonrisa.

—Creo que es la segunda vez que descendemos juntos al infierno en este ascensor —comentó el señor Segermann.

—Así es —dijo Vedrano.

Durante ese breve trayecto hasta la guarida del Monet situada en las entrañas del banco, Míchel Vedrano recordó la vez en que en ese mismo lugar este judío internacional trató de humillarle para que quedara claro quién mandaba en el mercado. En aquel caso se trataba de un Gauguin, un paisaje de Pont-Aven, de la época de Bretaña. Ante aquel cuadro el viejo Segermann se caló las gafas, se agachó para explorar la firma, luego lo observó de pie a media distancia con el gesto muy hermético y finalmente dijo:

—Conozco el cuadro. Perteneció a la colección privada de Goering. ¿Qué piden por él?

—Cuarenta y cinco millones de pesetas —contestó Míchel Vedrano.

—Bien. Le doy dos millones. Es una cifra razonable sobre todo si se tiene en cuenta que este Gauguin es falso.

—Si es falso, vale quince mil pesetas —exclamó Vedrano.

—Así es. Pero hay algo que le conviene saber. Este Gauguin solo es falso en sus manos. En cuanto yo lo incluya en mi catálogo será auténtico a todos los efectos, no sé si me entiende —dijo el señor Segermann.

—Lo entiendo muy bien.

Míchel Vedrano recordaba esta escena que hace unos años el señor Segermann, realizó para marcar territorio y al mismo tiempo él aprendió la primera lección del mercado de arte: que los cuadros tienen siempre un valor relativo, liberan una energía estética y monetaria según el lugar donde se hallen. Este mercado crea sus propios líderes que mandan, dictaminan, imponen el gusto, peritan, convierten las obras falsas en auténticas y las

auténticas en falsas, establecen alrededor del cuadro una atmósfera que atrae a los coleccionistas.

Pese a la humillación a que fue sometido en aquel encuentro, Míchel Vedrano respetaba la autoridad del señor Segermann, que en otras ocasiones le sirvió para dar unos golpes importantes. Él le había enseñado la pesca de altura en este negocio. Había pujado en Londres por su Caravaggio. Había comenzado a navegar fuerte con su dinero, de modo que podía considerarlo su padrino.

Ahora a esta pareja de comerciantes de arte, seguidos por el guardaespaldas y guiados por un empleado del banco, se les fueron franqueando algunas rejas de la elegante mazmorra hasta llegar a la última cámara blindada. El encargado de la caja fuerte manipuló la cerradura con dos llaves combinadas, una del banco y otra del marchante, y después de darle algunas vueltas a la clave se abrió la puerta de acero y Míchel Vedrano sacó el cuadro de Monet envuelto en un embalaje de goma espuma. A ver si esta vez hay más suerte, pensó.

Era un lienzo de la serie titulada *Ninfas, paisajes de agua*, representativo de la primera época y en él aparecía una parte de un estanque sobre la cual los óvalos de las hojas de nenúfares estaban dispuestos en bandas horizontales de tonos verdes terrosos que derivaban hacia una gama de amarillos y violetas intensos con reflejos oscuros. Míchel Vedrano reclinó el cuadro en la pared buscando una determinada posición para evitar los reflejos del neón y luego permaneció de pie bajo el silencio neumático de aquella cámara acorazada junto al señor Segermann, quien con la barbilla pellizcada estuvo observando el cuadro un buen rato sin dejar de sonreír. Había sido llamado como conocedor para que expertizara la obra con la esperanza de que pudiera convertirse también en su comprador. Acababa de saber el precio.

—¿Conocía este Monet? —preguntó Míchel Vedrano rompiendo aquel mutismo que ya se hacía embarazoso.

—Naturalmente —asintió el señor Segermann—. El Monet es mío.

—Sabía que le iba a gustar.

—Este cuadro es mío.

—Entonces, ¿le interesa?

—Repite que el cuadro es mío.

—Me alegro de que lo compre. Es un gran Monet —dijo el marchante con una sonrisa feliz.

—No me ha entendido usted, mister Vedrano. Este cuadro de nenúfares de Monet, de cincuenta y uno por treinta y siete centímetros, que es el número siete de la serie de cuarenta y ocho óleos que Monet pintó sobre ninfeas en el agua, es de mi propiedad, ¿comprende?

—No muy bien, señor Segermann —exclamó Míchel Vedrano lleno de bochorno—. ¿Quiere decir que se lo han robado?

—No.

—¿Entonces?

—No hace ni siquiera un mes cedí este cuadro para su venta a una galería de París. No sé cuántas vueltas habrá dado, pero resulta que usted me obliga a aterrizar en Madrid para venderme mi propio cuadro casi por el doble de precio que yo pido. ¿No le parece divertido? —dijo el señor Segermann sin darle mucha importancia.

—A mí también me ha pasado alguna vez —contestó Míchel Vedrano con desparpajo de hombre de mundo.

Aunque la situación era muy embarazosa ambos se comportaron como buenos profesionales. Aquel viejo y elegante judío internacional que emanaba un perfume de marfil no le echó en cara a Vedrano las ridículas mentiras que había tenido que inventar para engatusarlo. Le había contado que el Monet pertenecía a una anciana española arruinada, viuda de un antiguo estanciero argentino cuyos abuelos llegaron de viaje a París en los años veinte trayendo en el barco la consabida vaca y llevándose de vuelta a Buenos Aires una colección de impresionistas. Tampoco le recordó el dinero exorbitante que pensaba ganar con el pase ni le pidió que le desvelara la cadena de voraces intermediarios que estaba colgada de esos delicados nenúfares, entre los cuales se encontraba Betina, la chica que Vedrano había conocido en la fiesta de La Moraleja.

—Está bien, después de todo tengo un gran cliente para este Monet —resolvió Vedrano muy sobrado—. Si tira usted del cuadro hacia Ginebra dejaremos a los intrusos fuera. ¿Qué le parece?

—Llámeme dentro de un par de semanas a Nueva York. Estaré en el hotel Pier. A ver si de una vez por todas consigo hacer un negocio honorable con usted —dijo el señor Segermann.

—Muy bien —sonrió complacido Míchel Vedrano—. ¿Va usted a pujar por el dibujo de Matisse?

—¿Puedo hacerle yo otra pregunta?

—Por supuesto.

—Ha estado usted en la cárcel, ¿no es cierto, mister Vedrano? ¿Le gustaría volver a ella otra vez?

—Solo estuve unos meses. Lo sabe usted muy bien. Y le diré una cosa, señor Segermann. En mi vida lo he pasado mejor. ¿Le he contado que en la cárcel conocí a Henry el Holandés?

—Me lo ha contado. Tiene usted madera para este negocio. Es usted un sinvergüenza con mucha clase.

En una esquina de Serrano, camino del aeropuerto, Segermann recogió a aquella bellísima rubia devoradora de joyas cuyos muslos de tintorera levantaron una nube de perfume Rabanne al cruzarse en el asiento y poco después el avión privado despegó rumbo a isla Mauricio.

Míchel Vedrano había llamado a Betina para almorzar juntos en La Trainera. No habían tenido suerte en esta primera aventura en común. Míchel hizo todo lo posible por ahorrarse el mutuo ridículo y a la hora de astillar las patas de las cigalas le contó a su nueva amiga, una neófita en materia de arte, algunas teorías sobre el alma de los cuadros. Hay pintores cuyas obras sueltan toda su energía en los museos; otros, en la carbonera de una vieja; otros requieren tener al lado un ventanal con el lago Leman detrás; otros solo están bien en la caja fuerte de un banco y algunos no salen nunca de los depósitos de la aduana internacional de Ginebra y sin moverse de allí son zarandeados por las pasiones de los especuladores.

—Nuestros nenúfares no han tenido suerte. Se nota que era mi primera vez —exclamó Betina riendo con gran desenvoltura.

—La próxima semana voy a Nueva York —dijo Vedrano.

—Podemos ir juntos, siquieres.

Tomaron el avión unos días después. A Míchel le complacía viajar acompañado de esta joven que podía pasar por su secretaria aunque era hija de un banquero que solo buscaba emociones fuertes. Ella podría servirle de guía en la exploración del mundo de las altas finanzas que el marchante estaba iniciando, pero si pretendía sujetarla a su lado tendría que seducirla con un veneno más poderoso que el sexo, puesto que en este terreno, pese a que era un hombre atractivo, se sentía desactivado.

Betina ya había anunciado a Nelson su llegada a Nueva York. Se encontrarían en la esquina de la Calle 42 con Broadway, como siempre. Le había dicho que fuera preparando el martillo para dos jornadas completas. A Betina le producía una especie de embriaguez la entrada en Manhattan porque ese hedor dulzón de especias, pinchos morunos y de vapor de la calefacción que emanaba del asfalto le liberaba en el inconsciente las fantasías eróticas que mantenía con aquel atleta negro.

—Mañana hay subasta en Sotheby's —le dijo Míchel cuando el taxi estaba atravesando el puente de Queensboro—. Podemos ir juntos.

—No conozco ese mundo —contestó Betina.

—Es muy divertido. Verás cómo cazan allí los tiburones. Calle 72 con la avenida York. A las once de la mañana.

Después de dejar a Míchel en el hotel, Betina siguió camino en el taxi para reunirse con su novio. Durante el trayecto hacia la esquina de la Calle 42 con Broadway, al pasar junto a una boca de metro de Times Square, Betina recordó la primera vez que vino a Nueva York siendo todavía una adolescente. En uno de los andenes de esa estación por un momento perdió de vista a sus compañeros y se quedó completamente sola en medio de aquel bosque petrificado, y el pánico que sintió en aquel momento con el tiempo lo fue asimilando, recreando, soñando, transfigurando, hasta incorporado a una de sus fantasías eróticas favoritas. Ahora la chica se hundió un poco más en el asiento del taxi, cerró los ojos y volvió a recrear aquella desierta estación del suburbano que tanto le excitaba. Betina se había quedado sola otra vez en el andén con todas las salidas cerradas con verjas de hexágonos, y sus pasos tenían una gran percusión bajo la bóveda mugrienta. De pronto se detuvo y en ese momento, en el silencio absoluto,

sonaron duramente otros tacones que no eran los suyos. Se le aceleró el pulso. Por unas escaleras bajaban los dos violadores de costumbre que Betina en su imaginación convertía en más o menos patibularios según la necesidad que sentía de degradarse. Esta vez tenían un aspecto de ratas de alcantarilla, no era una pareja de negros carnívoros, sino dos fríos asesinos rubios, esa clase de tipos que se sacan la navaja directamente de la bragueta. Betina estaba de pie en medio de la estación del suburbano. Echó a correr y durante su carrera ciega en busca de una salida empezó a llorar sintiendo muy cerca las botas de los dos rufianes que sin duda la violarían como otras veces repartiéndose el trabajo. Betina se agarró con los brazos abiertos a la verja que cerraba un túnel perdido, separó las piernas y ellos se acercaron con las navajas extendidas a la altura de sus vientres.

—Hace una hermosa tarde, ¿no es cierto?, se ve que ya está aquí la primavera —dijo de repente el taxista.

—¿Cómo?

—Digo que hace una hermosa tarde.

—Así es, así es —murmuró Betina con los ojos cerrados.

En ese momento, el tibio sol de Nueva York le estaba acariciando el rostro a través de la ventanilla, pero Betina tenía la mente puesta en aquel túnel del suburbano. Los dos rufianes habían llegado hasta ella y con los cintos de sus vaqueros comenzaron a atarla por las muñecas a los hierros de la verja. Luego también la trincaron por las piernas a la altura de los tobillos sirviéndose de unas cuerdas que traían a propósito. Betina quedó a su disposición inmovilizada en forma de aspa. Uno de ellos, con la punta de la navaja y la risa helada, investigó bajo la falda de la chica mientras el otro la hizo enmudecer por completo metiéndole un trapo en la boca. Así se acabaron los gemidos, pero no sus ojos espantados, llenos de lágrimas.

—Esta mañana he asistido a una escena maravillosa —comentó el taxista—. Iba por la Calle 40 en medio de un caos infernal, había camiones de descarga en tercera fila y un sonido de bocinas y los bomberos se abrían paso con dificultad en el atasco para rescatar a un suicida que estaba colgado de un alero, y de pronto un pájaro se posó en lo alto de una farola y comenzó a cantar. Todo el ruido de Nueva York cesó y solo se oía el trino de ese pájaro urbano. ¿No es maravilloso, señora?

Betina no contestó. En ese momento la estaban violando y ella no podía gritar porque aquel par de rufianes la tenían amordazada. Con una helada maldad le habían rasgado la falda y uno de ellos quiso arrancarle las bragas con los dientes ante la risa histérica del colega.

—Creo que era un mirlo, pero no me haga caso —dijo el taxista.

Trataba de excitarse. Antes de caer en los brazos de Nelson, al llegar a Nueva York, ella siempre echaba a volar las fantasías eróticas mientras cruzaba las calles, pero esta vez el taxista, un pakistaní amable y ahumado, no la dejaba concentrarse en aquella violación imaginaria en una estación desierta del suburbano.

—¿Sabe cómo se llamaba esa esquina adonde vamos? Su nombre era la Cocina del Infierno. No había en Manhattan una esquina más caliente que esa. Hasta hace bien poco ahí se concentraba toda la droga y la prostitución de la ciudad. ¿Sabe quién se ha establecido ahora en esa esquina?

—Walt Disney —respondió Betina.

—Veo que lo sabe.

—Mi novio trabaja allí. Mire, mire, es ese. ¡Eh, eh, Nelson, Nelson! — gritó la chica sacando la cabeza por la ventanilla del taxi.

—¿El ratón Mickey es su novio? —preguntó el taxista.

—Sí, el que está dentro —dijo Betina.

En la acera de la Calle 42, frente al establecimiento de Walt Disney, un ser inmenso vestido de Mickey jaleaba y gastaba bromas a los transeúntes como reclamo publicitario. El taxista pakistaní vio correr a la chica a lo largo del bordillo hasta lanzarse con los brazos abiertos contra el pecho de aquel muñecón, quien la recibió entre carcajadas mientras la atrapaba con sus potentes zarpas para elevarla en el aire hasta la altura de su cabeza, que distaba del suelo dos metros más o menos. El ratón Mickey se quitó la caperuza y en su lugar apareció la potente cabeza del negro Nelson con una carcajada explosiva.

El taxista esperó a que aquella pareja se solazara. Nelson terminaba en ese momento su horario de trabajo. Sin quitarse el uniforme subió al taxi con Betina y ambos siguieron camino de un ruinoso edificio de apartamentos ubicado junto al río Hudson. El inmenso ratón cargó el equipaje de Betina y fue dando patadas a los cubos de basura de la escalera

para abrir paso a su novia hasta la tercera planta. Cuando Nelson franqueó la puerta del apartamento, Betina percibió el mismo olor a linimento con desinfectante que no había dejado de acompañarla en los momentos de excitación desde la primera vez que entró en esta guarida. En seguida vio el camastro revuelto junto a la ventana y para llegar allí solo había que dar siete pasos. A mitad de ese camino Nelson abandonó la maleta en el suelo y Betina dejó sobre ella el bolso de mano. Ambos cayeron abrazados gritando sobre la cama. La chica vestía unos vaqueros con una chaquetilla de gamuza. Su amigo iba forrado todavía con el disfraz y los dos comenzaron a desnudarse, cuerpo a cuerpo, a mordiscos, jadeando. Betina fue la primera en quedar desnuda por completo para ofrecerse quemada por los rayos uva, y a medida que su amigo dejaba también al aire toda su musculatura la chica se llenaba del olor característico que despedía, una mezcla de sudor ácido y melaza. Betina sintió al instante que la estaban llamando con un durísimo picaporte en el vientre y apenas se entreabrió comenzó a sentirse machacada, envuelta en una marea que a cada rato vertía un caudal de espuma dentro. No podía asegurar cuándo cesó la tempestad. La ventana había oscurecido mientras el furor de su amigo seguía. Luego amaneció y la marea tampoco bajaba. La primera luz rosada que subía desde el río Hudson iluminó en medio de la estancia la maleta y el bolso todavía sin abrir y Betina estaba sucia, manoseada, toda pegajosa de semen y saliva, despeinada, feliz.

A las once de la mañana los salones de Sotheby's resplandecían con la fascinación de los grandes acontecimientos. Se subastaban cuadros de impresionistas y de pintura moderna, entre los cuales sobresalían varias obras de Degas, de Cézanne, de Juan Gris, de Picasso, de Utrillo, de Vlaminck y algunas esculturas de Giacometti y de Henry Moore. Se podía decir que a esta primera sesión habían acudido todos los peces gordos del mercado del arte, los marchantes más poderosos, japoneses, suizos, alemanes, libaneses, de los cuales algunos venían en representación de museos o de multinacionales y otros solo se movían por la propia pasión que no tenía límites. Pese a que había grandes piezas en esta primera sesión de Sotheby's, el amor de los coleccionistas se dirigía hacia un dibujo

turbador de Matisse, el boceto de una adolescente con el pubis florido que parecía estarse desperezando mientras con las manos se arreglaba las flores del pelo. Era un estudio de esa figura femenina que forma parte del famoso cuadro *La alegría de vivir*, cuyo bosquejo pertenecía a la colección Haas de San Francisco. La obra definitiva estaba en la Barnes Foundation.

En los salones de Sotheby's podían verse los seres más fascinantes y estrafalarios del planeta. Cuando el fluido magnético del dinero hace masa con la belleza produce una carga tan potente que hace enloquecer a los tiburones más fríos, por eso esta vez también se había producido un pacto de no agresión entre algunos famosos marchantes que dominan el mercado del arte. En una suite del hotel Pier se habían reunido seis cocodrilos, entre los que estaba el señor Segermann, para repartirse los lotes sin necesidad de calentar demasiado la puja. Se habían puesto de acuerdo con las principales piezas, excepto en el valor de aquel dibujo de Matisse, sobre el cual se había establecido una discusión acalorada, llena de sutiles amenazas de revancha si no de algo más. Un japonés estaba dispuesto a romper las reglas y a pagar por esa obra hasta más allá de su pasión.

Al lado de esta gente Míchel Vedrano se sentía un peso ligero; a pesar de ello en los salones de Sotheby's, repletos de mujeres y caballeros con mucha pátina, exhibía un diseño suficientemente mundano y atractivo como para atraer algunas miradas, aparte de que su colmillo podía medirse con el de cualquier felino. Había reservado una silla a su lado para Betina, que llegó cuando la subasta ya había comenzado a calentarse. Se había cubierto por cuatro millones de dólares un óleo de Cézanne y unas bailarinas de Degas que se vendieron por el doble del precio de salida. El público se abanicaba con el catálogo y el aire extraña de los cuellos femeninos y de algunas papadas de altos financieros unos aromas de lujo, pero el perfume que dominaba en la sala era el del dinero.

Betina se abrió paso entre la gente que abarrotaba los pasillos en busca de Míchel Vedrano, que al verla le hizo señas para indicarle la silla vacía. Betina llegó recién amasada y aunque vestía un modelo de Ralph Lauren parecía que la habían apaleado.

—Perdona. Me he retrasado.

—¿Te has perdido?

—Estoy agotada. No he dormido en toda la noche. ¿Ha habido algo interesante?

—Pareces cansada.

—¡Qué horror! —exclamó Betina mirándose en el espejo de la polvera.

—Se ve que te han dado una buena paliza.

—¿Se me nota mucho?

—Es como si te hubiera pasado el metro por encima, pero tienes los ojos brillantes —dijo Míchel con una sonrisa de complicidad.

En ese momento se estaba subastando un Georges Braque. Con la voz modulada del subastador y los golpes de la maza en los remates se iban sucediendo los lotes, y al fondo había ocho azafatas conectadas por teléfono con coleccionistas que pujaban desde todos los puntos del planeta. Entre el público, los coleccionistas más voraces levantaban una cartulina blanca para marcar el nivel de su apetito. Los pactos previos parecían respetarse, de modo que el Degas y el Picasso, según el precio acordado en la suite del hotel Pier, habían caído en manos del marchante libanés; el Cézanne había ido a parar por cinco millones de dólares al galerista de Colonia; el Renoir se remató por poco más del valor de salida en beneficio del señor Segermann.

En esta subasta había un cuadro de Vincent van Gogh cuya expectación en el mundo del arte había merecido una separata en el catálogo de Sotheby's. Se sabía que los representantes de una multinacional australiana de seguros estaban dispuestos a romper todas las barreras con tal de conseguirlo, y la noticia había llenado las páginas culturales de los periódicos durante una semana. La salida del Van Gogh fue acompañada de rumores y silencios en un clima de suprema elegancia, y cuando los australianos llegaron a la cima de los millones consabidos se produjeron aplausos entre la parte del público más proclive a las noticias de sociedad o de altas finanzas que a la verdadera pasión por el arte.

Solo un pequeño grupo de conocedores de este mercado sabía que la verdadera energía de la subasta se concentraba en un dibujo de Matisse, el boceto del desnudo que aparece a la izquierda del cuadro *La alegría de vivir*. Entre los miembros de este escogido club de marchantes se había desencadenado una guerra abierta sin que ninguno de ellos fuera capaz de

explicarse la causa, aparte de la belleza de la obra y de la literatura que la envolvía. Nadie sabía por qué ese dibujo despertaba tanta pasión, pero era tan fuerte que no podía separarse del odio más envenenado.

Michel Vedrano había pujado por algunos lotes que estaban a su alcance, un Tàpies de materia, un móvil de Calder, una arpillera de Millares. En medio de una lucha entre tiburones, su forma de levantar la mano no dejaba de admirar a Betina, un poco sobrepasada por la fascinación de aquel ambiente donde el erotismo era casi sólido. En aquella sala de subastas ella sintió por primera vez la pulsión misteriosa de unir la vida y la belleza. En el público que abarrotaba la sala no despertó especial expectación la salida del Matisse, pero el olfato de Michel Vedrano le hizo presentir una pugna más dura de la prevista, dado el cruce de miradas y los gestos de veladas amenazas que se dedicaban dos de los principales marchantes, el japonés Sakatura y el señor Segermann, quien tenía al lado a su guardaespaldas filipino. El japonés estaba sentado en la tercera fila y el marchante de Ginebra se había situado a media distancia a su espalda. Cuando la adolescente fue colocada en el caballete junto a la tribuna del subastador, un cono de luz cayó sobre ella y aquel trazo de tinta china adquirió una energía muy potente, aunque pocos espectadores tenían la altura espiritual para poder captarla.

—Parece una obra menor, pero puede enloquecer a cualquiera —murmuró Michel.

—¿Conocías el dibujo? —preguntó Betina.

—Llevo años detrás de él. Este boceto lo compraría Luis Bastos. Es una joya ideal para su mujer.

Tan pronto el subastador dio el precio de salida se levantaron entre el público cuatro cartulinas a la vez, y en seguida comenzó una escalada en la que Michel Vedrano solo acompañó en el primer tramo a los grandes marchantes. Se retiró cuando aquella pequeña obra de Matisse rozaba un precio inasequible para él, pero la ascensión seguía y poco después ya habían quedado a solas el judío de Ginebra y el japonés de Tokio, que no se habían avenido a compartir esta pieza en el pacto del hotel. Las cifras se montaban unas sobre otras, la cartulina del japonés ejercía un movimiento sincopado con la del suizo y desde el caballete la adolescente de Matisse

asistía con un aire de esplendor incontaminado a esta codicia cenagosa entre los dos rivales. Decenas de miles de dólares se superponían para formar cada peldaño, y tal vez por su rostro obcecado la mayor parte del público presentía la victoria del japonés Sakatura. Pero precisamente por este fervor delirante nadie advirtió la señal que el señor Segermann le hizo a su guardaespaldas filipino. Este se metió con suma discreción la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y quedó a merced de las órdenes de su amo.

Cuando el Matisse ya estaba alcanzando un precio insoportable para Segermann y el marchante Sakatura parecía que iba a ganar la puja, de pronto entre el público se produjo un murmullo de estupor al ver que el japonés se caía redondo al suelo. Primero se había echado la mano al cuello, luego desvarió la mirada y finalmente se desplomó. Estaba fuera de combate como un púgil que cae en la lona y el subastador hizo las veces de árbitro. Contó hasta diez y con un golpe de maza adjudicó la victoria de aquel combate al señor Segermann. La adolescente de Matisse quedó en su poder y Sakatura fue retirado en camilla. Todo el mundo suponía que le había dado un infarto a causa de la emoción, y aunque unos lo daban por muerto alguien comprobó que aún respiraba e incluso que lo hacía serenamente. Por fortuna, a muy poca distancia de Sotheby's, en la Calle 69, se hallaba el hospital Cornell Medical Center, por lo que la ambulancia tardó pocos minutos en llegar.

Cuando fue introducido en el hospital por la rampa de urgencias, el marchante japonés aún dormía sin dar señales de congestión alguna; a pesar de eso los médicos de guardia le sometieron a un encefalograma y a una exploración cardiovascular sin que hallaran nada anormal. Inconsciente en la camilla, respirando acompasadamente, el propio Sakatura y su secretaria norteamericana esperaron el resultado de los análisis de sangre.

—Este señor está perfectamente —dijo el médico.

—Y entonces ¿por qué no despierta? Le estoy hablando y no me oye, le agito y no responde. ¿Por qué está en coma? —preguntó la secretaria.

—No está en coma. Solo está dormido.

—No entiendo nada. ¿Cómo puede uno dormirse de repente en el momento más apasionante de una puja?

—Este señor ha tomado un somnífero de efecto fulminante.

—¿Cómo puede ser eso? Yo le controlo todas las pastillas —dijo la secretaria.

—Cuando en la selva o en el zoológico se quiere dormir a una fiera se le dispara un calmante. Ese somnífero tiene efectos inmediatos, a veces más rápidos que un tiro en el cerebro o en el corazón. La sustancia que detectan los análisis de este señor es la misma que se utiliza para neutralizar a las fieras.

—Mire, doctor. ¿Tendrá esto algo que ver? Mire esta pequeña herida.

—Efectivamente. Por aquí le han inoculado el somnífero. No creo que haya ninguna duda —dijo el médico después de examinar sucintamente el hematoma que rodeaba a aquel picotazo.

Dos horas después el marchante Sakatura despertó balbuciendo el nombre de Matisse. En un pasillo del Cornell Medical Center volvió en sí, se incorporó en la camilla y preguntó qué había sido de aquella adolescente.

—Se fue —dijo la secretaria.

Cuando Míchel Vedrano vio que el dibujo había caído en manos del señor Segermann sintió cierto alivio. De alguna manera aquella chica no les había abandonado, pero la forma con que se impidió que se fuera a Japón y que desapareciera como una novia raptada por otra tribu fue un hecho insólito que se realizó por primera vez en una subasta. Llegado el momento, cuando la pugna por conseguir a aquella adolescente de Matisse era más enconada, viendo que Sakatura parecía imbatible, Segermann hizo una señal a su guardaespaldas filipino, quien se colocó entre los labios un dardo con la punta impregnada con un somnífero fulminante, luego se sacó del bolsillo una cánula de bambú y sopló por ella apuntando al cogote del marchante enemigo. Sakatura sintió el picotazo, se llevó la mano al cuello y cayó a plomo dejando que el subastador, ajeno a este lance entre tiburones, diera con el mazo paso libre al señor Segermann en el remate.

A Míchel Vedrano le vino Julia a la memoria. Pensó en los nenúfares de Monet. Su suerte solo pendía del humor del señor Segermann, con quien debería entrevistarse esa noche. Pero si Julia estaba condenada a morir en pocos meses tal vez el mejor regalo que su marido podría ofrecerle para coronar su agonía era este dibujo fascinante de Matisse. No está todo perdido si uno muere contemplando tanta belleza.

Después de la subasta, Míchel y Betina se fueron a almorzar a un italiano del Soho y ante una ensalada de acelgas con setas y queso parmesano ella le habló de la excitación que había experimentado en medio de aquella convulsión de pasiones.

—Es mucho más fuerte que el sexo —dijo.

—Si lo has descubierto el primer día es que tú sirves para esto — comentó Míchel Vedrano.

—¿Crees que se va a investigar el desmayo del japonés?

—En absoluto.

—¿Por qué?

—No se podría demostrar nada. Son cosas demasiado finas. En este mundo del arte aún se cometen crímenes renacentistas que no están homologados. No son crímenes, solo son emociones.